

*Historias
de
Mujeres*



La historia de cinco mujeres.
Historias que hablan
de nuestra propia vida.

Edison Carneiro

Dedicatoria

A Mamá, mujer, maestra y trabajadora; en la tierra y en el mundo espiritual.

Prefacio

Me gusta mucho oír historias; los espíritus ligados al Lar de María y Jeremías, pequeña institución espiritista de la zona norte de San Pablo, están muy atareados, sin embargo, a veces, utilizan sus noches de descanso para contar historias. Sordo de cuerpo y alma yo no los oigo, pero veo las escenas que narran y después las describo lo mejor que puedo; "Mejor" que no excluye posibles errores de percepción y análisis. En varias de esas historias resaltan figuras de mujeres; en ese pequeño libro reuní cinco de esas historias. Espero que ese texto transmita algo del encantamiento que sentí al conocerlas

Edison

Febrero de 2000

Título original en portugués:
Historias de Mulheres



© 2000, Edison Carneiro, edison_carneiro@yahoo.com.br
© 2007, Traducción, maquetación e ilustraciones: Luciana Reis,
lucianareis@espiritistas.es

Revisión gramatical: Pasqual Prera Pesudo y Carmen Bernadó Cisterna

ISBN: 85-904-333-3-1

1ª Edición revisada - Agosto/2007 - Para distribución gratuita



Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 2.5 España

Usted es libre de:



copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra

Bajo las condiciones siguientes:



Reconocimiento. Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciador (pero no de una manera que sugiera que tiene su apoyo o apoyan el uso que hace de su obra).



No comercial. No puede utilizar esta obra para fines comerciales.



Sin obras derivadas. No se puede alterar, transformar o generar una obra derivada, a partir de esta obra.

- Al reutilizar o distribuir la obra, tiene que dejar bien claro los términos de la licencia de esta obra;
- Algunas de estas condiciones pueden no aplicarse si se obtiene el permiso del titular de los derechos del autor;
- Nada en esta licencia menoscaba o restringe los derechos morales del autor;

Para ver una copia de esta licencia, visite
<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/es/>
o envíe una carta a Creative Commons
559 Nathan Abbott Way, Stanford, California 94305, USA.

Índice

PREFACIO	3
1. ADRIANA	7
La mocedad	8
Crisis	9
Un hombre bueno	10
El regreso al mundo espiritual	12
2. CIDA	13
El día siguiente	14
3. LUCIA	15
¿El camino de la fuga?	16
Problemas y soluciones	17
Noche de Navidad	18
4. TELMA	19
El inoportuno	20
¿Locura?	25
Grupo Espírita Ismael	31
El mundo espiritual	35
Despedidas	36
5. GIOVANA	39
Recién casados	43
La comadrona	44
¿Qué importa?	45
APÉNDICE A LA EDICIÓN EN CASTELLANO - PARA SABER MÁS	47
Recomendamos - web y libros	47
¿Que es el espiritismo?	48
Principales objetivos	48
El movimiento espírita en España	48



Todos tenemos una historia para contar: nuestra propia historia.

Mi historia real, podrá ayudar a alguien a trillar el camino del bien, a ser más feliz. Es por considerarla útil que la narro, sin veleidades literarias, ni pruritos de orgullo.

Nací en una familia de clase media, mi padre era dentista y mi madre poseía una tienda de ropas selectas, teniendo como clientes personas de la alta sociedad.

Tenía un hermano, era la benjamina.

Siempre bien arreglada, enseñada desde temprano a tener modales impecables, era una niña que adornaba cualquier ambiente.

El clima en nuestra casa era frívolo. Las conversaciones giraban en torno a la moda, actividad de mi madre, o de la estética bucal y sus costes, asunto predilecto de mi padre. Lo que considerábamos grandes acontecimientos en nuestra vida familiar eran; el 'nuevo' automóvil, el 'nuevo' sofá, la ropa 'nueva', en fin, algo 'nuevo' que rompiese la monotonía.

Éramos católicos, íbamos a misa para que exhibiéramos nuestros trajes. Mi hermano mayor iba para ver chicas guapas. También para que exteriorizásemos alguna devoción.

Nosotros nos considerábamos una familia impecable: pagábamos nuestras cuentas al vencimiento, no teníamos malos modales, no andábamos fuera de la moda en ningún aspecto: de la ropa a la decoración, del automóvil al asunto de la conversación, en todo estábamos a la 'última'.

Contribuíamos con las iniciativas de la Iglesia en la medida justa: ni poco para no pasar por tacaños, ni mucho para no dar la impresión de manirrotos o exhibicionistas.

Mi hermano se casó con una buena chica, y mis padres asumieron los gastos de una fiesta de casamiento a la altura: ninguno de los clientes de mi padre o de mi madre fue olvidado.

Así los años se pasaron en el mar azul de nuestra vida fácil.

La mocedad

Terminado el bachiller, hice un curso de decoración, integrada como estaba en un ambiente, en el cuál la belleza, el buen gusto y la comodidad eran los valores fundamentales.

Era apenas una joven guapa, no causaba sensación, pero, mis modales impecables, el buen gusto en el vestir, en el maquillaje y en el pelo, me facilitaban la proyección en el medio social.

Aparecieron algunos pretendientes, entre ellos, un muchacho pobre y soñador, dedicado al trabajo. Trabajador de la banca, iba ascendiendo penosamente los peldaños profesionales, entró en el banco como mensajero y llegó a cajero.

Habían muchos inconvenientes: - Era pobre. Hacía cualquier trabajo extra que apareciese en sus horas libres para reforzar la renta familiar: de jardinería a la limpieza por horas; - Residía en la periferia y en su casa no había asistenta, la madre hacía personalmente los servicios domésticos; - Se desconocía el paradero de su padre; - Y finalmente, lo que era peor, por ser absolutamente irremediable, su piel morena evidenciaba sangre negra en abundancia.

Pese a esas características que yo encontraba horribles, Luiz habló intensamente a mi corazón. En contrapartida habían otros varios otros pretendientes mucho más adecuados a la condición social y económica de nuestra familia.

Resolví ordenar a mi corazón 'silenciarse', coloqué la razón al frente de los sentimientos y resolví sacarlo de mi vida de forma rápida y objetiva.

Me recuerdo aún firme, sofocando todo de bueno que sentía por aquel hombre de bien, le expuse su pobreza, la falta de clase de su familia, la sangre negra, y que por tanto, en razón de esas diferencias nuestra relación debía terminar en aquel momento.

Le recomendé que se buscara, una chica de su medio, que ciertamente lo comprendería más que yo, y que tendría mejores condiciones de hacerlo feliz.

Me escucho callado, con una expresión amarga, parecía que cada argumento mío, era para él una puñalada penetrando su cuerpo, reflejándose en un movimiento inconsciente de dolor con la boca contraída.

Cuando terminé, él no dijo una palabra, abrió la puerta de mi casa y se fue para tomar el primero de los dos autobuses que lo llevarían a su casa.

Pensé en la ocasión: ¿Cómo podría un día casarme y estar obligada a ir a una casa en la periferia en autobús?

Confieso que tuve dificultad para dormir unos quince días, pero las actividades escolares, las llamadas telefónicas de otros muchachos interesados, me hicieron olvidar el incidente.

Algunos de esos jóvenes estimulaban mi sensibilidad, a otros los encontraba guapos y me sentía envanecida por tenerlos a mi lado y poder exhibirlos a las amigas. Había todavía, aquellos que prometiendo un sólido futuro financiero, me seducían con seguri-

dad y confort.

Pero al mismo tiempo que me cortejaban, daban a entender que no aspiraban a nada más duradero. Yo era, para casi todos, un juguete bonito, entretenido por algunas semanas, pero tedioso después de unos pocos meses.

Terminé el curso, soltera a los 24 años.

Crisis

En esa época el casamiento de mi hermano naufragó. Su esposa se enamoró de otro hombre, se fue de la ciudad, construyó un nuevo hogar y se llevó a mis sobrinos.

Mi hermano se quedó completamente perplejo, se entregó a una vida disoluta y a la bebida.

Los demás de la familia, yo y mis padres, al principio hicimos lo que sabíamos: nos quedamos avergonzados con todo aquello. Cambiábamos educadamente de asunto cuando éramos cuestionados por algún conocido. En una segunda etapa, la nostalgia de los niños fue creciendo y pasó a doler bastante, principalmente para mi padre que percibió cuanto estaba encariñado de sus nietos.

Con el pasar del tiempo la situación psicológica de mi hermano se fue agravando, pasó a recurrir a drogas más pesadas y finalmente murió de sobredosis.

Aquel hecho fue como un florero de fina porcelana cayéndose de la mesa y rompiéndose en el suelo. El florero de porcelana representaba nuestra vida frívola, la tabla de la mesa, las apariencias donde nosotros nos apoyábamos y el suelo duro, la realidad de la vida, de la cual manteníamos una prudente distancia.

Dos o tres días después del fallecimiento de mi hermano, una tía lejana, con la cual no manteníamos relaciones por ser persona de mal gusto, siempre mal vestida y con unas conversaciones un tanto extravagantes, me telefoneó: era espiritista. Quería ayudarnos, a través de las consolaciones y aclaraciones que la creencia en una vida después de la muerte proporcionaban. Me habló, incluso, sobre reencarnación, perdón y oración.

En el comienzo la oí educadamente, tratándola con buenos modales, pero a una cierta altura de la conversación, cuando me convidó a visitar la casa espiritista que frecuentaba, me descontrolé ligeramente y le dije con franqueza:

- La señora actúa de forma insana. Se aprovecha de nuestro momento de dolor y luto para intentar vendernos sus ideas extravagantes, y conducirnos a esas instituciones que solo saben engañar a personas ignorantes.

Se hizo silencio del otro lado de la línea y después murmuró:

- Discúlpeme y buenas tardes. Y luego colgó el teléfono.

Comenté el hecho con mi madre, que me creyó muy blanda, pues si fuera ella habría sido mucho más contundente, y rápidamente olvidé el episodio.

Rehechos del primer choque, buscamos la culpable, desde luego, mi ex cuñada, pero no sabíamos como alcanzarla según la ley humana y descargar nuestra ira.

Nosotros no sabíamos manejar cosas como dolor, venganza, resentimientos, dificultades, humillaciones. Nuestra fe era aparente, nuestros valores ampollas de jabón que estalla-

ban al menor toque.

A partir de este hecho – la muerte de mi hermano – nuestra vida siguió como un automóvil, que descendiendo una sierra en noche de lluvia, pierde el freno y sigue desgobernado, carretera abajo, cada vez más rápido.

En ese conjunto de desequilibrios, mi padre, siempre amigo de la buena mesa, en virtud del estrés y del desequilibrio emocional, tuvo su primer infarto, que consumió nuestras economías y algunos inmuebles (nos valíamos exclusivamente de médicos y hospitales particulares), desplomando la renta de mi padre a cero, debido al cierre del consultorio por un año. En aquel tiempo las técnicas de cirugía cardiaca eran aún embrionarias.

Cuando volvió a su actividad de dentista, la mayoría de la clientela había desaparecido. Rehusando a disminuir la calidad de vida, entramos hondo en las cuentas de la tienda, que no soportó la evasión de recursos, acercándose peligrosamente a la quiebra. No logrando renovar las mercancías, ni pagar proveedores y empleados, la tienda se precipitó en franca decadencia. La clientela de mi madre también le abandonó en su mayor parte.

La situación financiera se puso aún más difícil. Los viejos hábitos de confort se volvieron imposibles.

Nuestra vida se transformaba demasiado rápido, y nosotros no lográbamos adaptarnos a los cambios en la velocidad en la que ellas ocurrían. Era como si estuviésemos atravesando un terremoto interminable, donde todo lo que fuera nuestro apoyo cayese estrepitosamente.

En esa confusión, vendimos nuestros automóviles, y el dinero disponible me impedía utilizar los taxis y acabé yendo frecuentemente en autobús.

Un Hombre Bueno

Acepté unas benditas prácticas como diseñadora en una fábrica de muebles, que podrían, transformarse en empleo. Era la única fuente de renta estable que vislumbraba.

El contacto con los obreros y gerentes, en el inicio, fue penoso, pero fui descubriendo el gusto por el trabajo y aprendiendo cosas importantes con aquella gente simple, como por ejemplo: solidaridad, humildad, coraje frente a la vida.

Un día al volver a casa, por sorpresa, observé a Luiz, el antiguo 'ligue', entrar en el autobús en el que estaba.

Él me miró, me reconoció, pero se quedó aguardando una reacción mía.

Inicialmente fingí no verlo, pero repentinamente una emoción extraña se apoderó de mí, y me vi, dirigiéndome hacia él, como si yo fuese otra persona y diciéndole:

Que bueno verte.

Agarré su brazo y las lágrimas empezaron a correr por mi rostro.

Él me abrazó suavemente y me dijo:

- Bajemos y hablemos.

Andamos un poco, paramos en una pequeña plaza y allí, en un banco del jardín, conseguí ser yo misma, contando entre sollozos.

Él me oyó tierno, atento y silencioso. Al fin empezó a hablar:

- Vivimos muchas vidas...

Y me habló largamente de la inmortalidad, del amor de Dios, de la reencarnación. Las ideas que iban desfilando, unas parecían incomprensibles, otras extrañas, algunas eran como breves claridades alumbrando la noche de mi vida confusa y sin norte. Sin embargo, su voz era reconfortante, como una sopa caliente para un hambriento, y después de tantos meses de inestabilidad, tenía ahora, algo sólido a lo que agarrarme.

Nos quedamos casi dos horas en aquella plaza, después tomamos el autobús nuevamente y me fui a casa. Una esperanza brillaba en la noche oscura.

Días después, nos encontramos nuevamente y él me condujo a un pequeño núcleo espiritista donde participé de una reunión. Adquirió el "Evangelio Según El Espiritismo" y me lo regaló, recomendándome que lo leyese todos los días.

Conversé con mis padres, explicando la necesidad de tener alguien a nuestro lado que tuviese experiencia en las luchas de la vida. No estuvieron muy de acuerdo con mis argumentos, pero lo aceptaron y él pasó a venir asiduamente a nuestra casa.

Fue un encuentro providencial, pues, después de tres meses, mi padre sucumbiría en un segundo infarto. Gracias a las conversaciones con Luiz, partió, no ignorando del todo las realidades de la vida espiritual después de la muerte. Mi madre seguramente habría enloquecido con ese nuevo golpe, si no fuese por el conocimiento adquirido, aunque todavía rudimentario, de la doctrina espiritista.

Luiz era muy sensato en cuestiones de dinero, en el banco ya había ascendido a interventor de la agencia. Gracias a sus prudentes consejos logramos pagar a los acreedores y salvar nuestra casa, que alquilada, garantizaría alguna renta a mi madre hasta el fin de sus días.

Dos años después, nos casábamos.

Fuimos a residir a una casa de la periferia. Todas las tardes salía del trabajo y volvía alegre, en autobús, a nuestro hogar, a encontrarme con mi marido y con los hijos que iban llegando y transformándose en la mayor motivación de mi vida, eran mi alegría. Tuvimos tres hijos.

Luiz fue ascendiendo en el banco, compramos nuestro primer coche, y yo acabé dejando el trabajo para cuidar de los niños, visto que no tuve el mismo éxito profesional que él.

Fueron quince años, de mucha lucha y de mucho trabajo: trabajo profesional, doméstico y espiritual. Semanalmente asistíamos al núcleo espiritista, donde yo daba pases* y Luiz cuidaba de las actividades de asistencia y participaba también en los turnos de adictados. Y en medio a todo eso los embarazos, poco dinero, y los hijos creciendo.

* El Pase Espirita consiste en la aplicación de bioenergía a un paciente, actuando directamente sobre él de diferentes maneras: como revitalizador, recomponiendo las energías perdidas; dispersando fluidos negativos; auxiliando en la cura de enfermedades, a partir del reequilibrio del cuerpo espiritual o periespíritu. Fuente: Febol - Federación Espirita Boliviana.

El regreso al mundo espiritual

Un cáncer de estómago fue mi pasaje de vuelta. Morí rodeada por los míos, en un ambiente de mucho amor. No me acuerdo de nadie teniendo resentimientos hacía mi. Mi tía espiritista, se hizo muy amiga mía, ofreciéndome todo su apoyo durante mi enfermedad. Morí teniéndola a mi lado, aplicándome pases y orando junto a mi esposo y mis hijos, para que yo tuviese un desligamiento más fácil y pudiese enfrentar la nueva vida con buen ánimo.

A pesar de mi desliz de la mocedad, no fue necesario pasar por el umbral, desperté en el hospital 'Jesús - Médico Divino', próximo a la costra. Algunos días después, fui presentada al director: doctor Joan Fernandes.

Luiz se casó nuevamente y es feliz en su segundo matrimonio. Su esposa trata a mis hijos como si fuesen suyos, le estoy muy agradecida y creo que mis familiares guardan buenos recuerdos de mí.

Tengo bastante actividad aquí en el mundo espiritual, soy una de las más de 300 componentes del equipo de enfermería del doctor Joan Fernandes. Aunque concentrada en los cuadros del hospital, actúo en varias casas espiritistas, haciendo el servicio a los enfermos desde los primeros socorros hasta la convalecencia; pues consideramos más eficiente, ir cambiando de puesto, siempre junto al mismo enfermo, de que el enfermo espiritual al desplazarse por los diversos servicios del hospital, ir cambiando de enfermeros.

Trabajo bastante, amo mi trabajo, y he hecho muchos amigos, tanto entre los compañeros del equipo, como entre los enfermos.

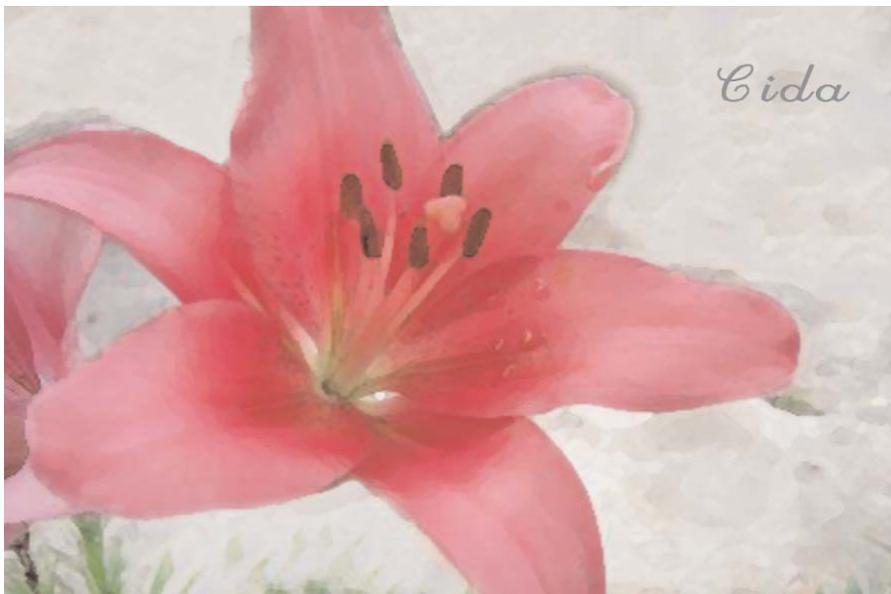
Terminado el tratamiento es común mezclar la alegría de la cura, a la gratitud a Dios y también a la llorera por la separación, pues el contacto será menor, teniendo que cada uno dedicarse a sus compromisos. Pero ese lado del adiós es amenizado por la frecuencia con que recibo visitas de ex pacientes, y también por el placer de visitarlos.

Hoy, me fue sugerido que contase mi historia, y dejo aquí mi testimonio con gran alegría.

Tengo el placer de conocer a la mayoría de los encarnados que participan del Lar de María y Jeremías. Ya atendí varios con mis modestos servicios, bajo los órdenes de los médicos de la casa y con el amparo de Jesús y de María.

No menciono nombres, pues no me perdonaría la indelicadeza de dejar alguien olvidado.

Deseo a todos del Lar de María y Jeremías mucha felicidad, mucho empeño en sus tareas, muchas bendiciones de los cielos, reafirmando que es muy gratificante trabajar los viernes en esa casa espiritista, y que me gustan todos que aquí vienen.



La niña negra, de casi 6 meses ardía en fiebre, evidenciada por los rasgos profundos y por el color de piel rosa empalidecido, en una cuna de tercera mano.

El padre y madre se esforzaban por mantener buena apariencia, aunque las ropas de poca calidad, las zapatillas y las sandalias viejas, la camiseta de propaganda, y la despensa casi vacía, dijiesen:

—¡Poco dinero!

La pareja, de manos dadas, miraban a la niña con gran ternura. En el semblante, los campos de la juventud ya estaban plegados por los trazos del sufrimiento, y sus rostros se envolvían en una tristeza profunda y resignada.

Él desempleado ya hace cuatro meses, ella, heroica y determinada, consiguiendo aquí y allí servicios de limpiadora.

Contrastando con el ambiente material, en el plan espiritual, dulce claridad alumbraba la habitación, luces róseas y doradas unían la pareja a la niña. Condensando el contraste, mirando por un lado, una familia pequeña y pobre en una casita de la periferia.

Mirando por otro ángulo, tres espíritus reunidos e iluminados por los tesoros del amor.

Jóvenes, Cida, 23 y Emerson, 22, ella un poco mayor que él, aquella unión tenía la bendición de Dios. Y la hija, fruto de aquel amor sensato y sazonado en la lucha, completaba el cuadro de seguridad y estabilidad, reforzando sus ideales de vida.

Una anciana desencarnada se encontraba en un rincón de la habitación, y por la semejanza con la joven mulata, sería fácilmente identificada como su abuela, Antonia, fallecida hace 15 años.

Antonia que había acogido la madre de Cida durante su embarazo, y que llenaba el corazón de ternura al ver la barriga de la hija, abandonada después de una pasión fugaz, velar por ella y por la nieta, durante seis años, estando encarnada.

Fallecida de neumonía, pasados dos años de readaptación en el plan espiritual, volvió a la tierra como protectora de la familia. Con la frente levantada y los ojos cerrados, oraba pidiendo auxilio para la biznieta.

Repentinamente, la luz espiritual empezó a aumentar en el cuarto, como en esas madrugadas de abril, cuando el cielo está limpio. Un bienhechor espiritual, en el esplendor de su extenso currículum en el bien, a través de las actividades médicas, se volvió presente en aquel lar, secundado por dos asistentes.

Antonia se levantó, besó discretamente las manos del médico, abrazó los dos asistentes, y formuló un pensamiento que esparció en el pequeño cuarto como un flash de luz y que continuó brillando como una luz tenue más de una hora. El pensamiento traducido en palabras daría origen a la siguiente frase:

– ¡lloada sea mi Madre Santísima!

El médico y los asistentes se pusieron inmediatamente a trabajar en el organismo de la madre: dirigieron su atención a los senos, estimulando las glándulas mamarias. A la leche que se fue formando añadieron diversos medicamentos traídos del plan espiritual y potenciados por el amor materno.

A continuación provocaron un lloro en la niña. La abuela inspiró Cida a ofrecer el seno a la hija. La niña succionó la leche con voluntad durante algunos minutos.

Para nosotros que asistíamos a la escena, la niña no bebía apenas leche, que casi desaparecía en medio a una sustancia luminosa, irradiando su luz rósea y transparente.

La pareja después de amamantar la niña, se dirigió al lecho, oró un Padre Nuestro y una Ave María.

Todos nosotros, espíritus, allí presentes lloramos de emoción.

Uno de los asistentes se quedó allí de guardia con la abuela.

Pases balsámicos fueron dados a la joven pareja que se adormeció con las manos unidas, completamente vestidos, con una expresión de paz.

El día siguiente

Se despertaron muy temprano.

Al levantarse, fueron a ver la niña.

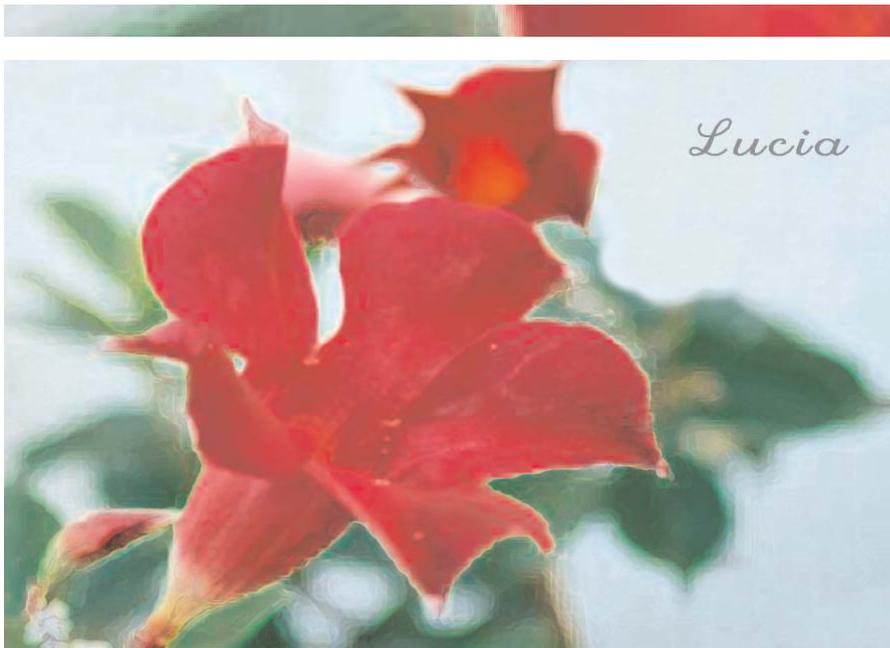
La fiebre había pasado y dormía placidamente.

Nuevamente, aquel intenso círculo luminoso color de rosa envolvió los padres agradecidos y la niña en el lecho. La abuela desencarnada abrazó y besó a los tres.

El asistente que se había quedado de guardia, aprovechó el momento para despedirse de la abuela y hacer algunas recomendaciones. Pasaría por allí por la tarde para ver como estaba la paciente.

Nosotros también consideramos que era hora de partir. Buscamos fijar en la memoria todos los detalles de las escenas de la noche en el sector de los buenos recuerdos.

Queda la sugerencia: reflexionemos sobre la vida, sobre la esperanza, sobre la fe y principalmente sobre el amor.



Cortinas de humo blanco envolvían la industria en llamas.

Augusto Silva, principal socio, observaba el incendio en la acera opuesta.

El sudor de treinta años de trabajo, se transformaba, literalmente, en humo.

Los bomberos trabajaban para que el incendio no se propagase a los edificios vecinos, ya que en la Gráfica Silva, no había nada más que hacer.

En el último año, los negocios de la Gráfica Silva no fueron bien. Los perjuicios y los atrasos a proveedores tornaron el crédito escaso, pero Augusto había conseguido moderar la crisis, trabajando el doble, mostrando determinación y coraje, saltando de banco en banco, alguna vez recurriendo a algún prestamista.

Recordaba, claramente, cuando el encargado de tesorería le presentara la relación de pagos de la semana pasada para que él decidiese lo que pagar y lo que atrasar. Visto el poco dinero disponible, y la improbabilidad de un incendio, anotó con su letra firme en el recibo de la póliza de seguro: "retrasar 20 días".

El incendio, por tanto, era el golpe de misericordia en la empresa ya moribunda. Nada más había que hacer, estaba definitivamente arruinado. Además de la gráfica, poseía la residencia confortable, una casa de playa y algunos terrenos, todos utilizados como aval de los préstamos bancarios; dos automóviles financiados vía leasing que estaba empeñando a pagar. No quedó nada.

Creyó mejor ir a casa. Solicitó al gerente, Macedo, que acompañase el trabajo de los bomberos y partió.

Como siempre, al percibir el ruido en el portal, la esposa, fiel compañera, corrió para abrazarlo:

– ¿Qué ha pasado? Tú tan temprano de vuelta... El teléfono de la gráfica no contesta...

La miró con inmensa ternura, pensó en el amor que la esposa sentía por la casa, todo siempre tan aseado, tan arreglado, tantos cuidados con la decoración.

Repentinamente todo ensombreció, no consiguió reprimir el lloro convulso.

La abrazó y dejó las lágrimas correr, aclarando el corazón, a semejanza de un cielo oscuro cuando se derrama un chubasco.

Allí, unido a la mujer fue recapitulando su vida: empezó a trabajar en la gráfica de un amigo de su padre a los doce años, siempre trabajando duro; siempre ahorrando, vistiéndose mal, evitando cualquier gasto innecesario, no permitiéndose ni siquiera un cine los fines de semana, haciendo todas las horas extras posibles. A los 23 años, abrió su propio negocio, con máquinas usadas compradas a plazo; la lucha continuó, los primeros empleados, máquinas más modernas, la compra del terreno, la inauguración de la sed propia. A los 28 se casó con Lucía, antigua colega de la escuela primaria, que lo amó, a pesar de su temperamento cerrado y de sus modales en ocasiones groseros. Mujer pequeña, frágil de cuerpo, pero muy activa, le dio dos hijos, la niña, ya adolescente con 16 y el niño con 13.

Pasada la crisis de lloro, contó a la mujer lo que había sucedido. Tuvo que repetir la historia tres veces para que ella finalmente entendiese.

¿El camino de la fuga?

A continuación, le pidió encarecidamente que lo dejase solo, necesitaba pensar, alegó.

Entró en el cuarto, cerró la puerta, abrió el cajón del armario, cogió el revólver.

Una bala, algunos segundos y todo habría acabado.

En ese instante, la esposa empezó a batir violentamente la puerta, con sus brazos débiles, gritando y llorando:

– No, no es no. Puedo perder todo, pero no te puedo perder a ti, no puedo perder al padre de mis hijos. Por el amor de Dios, yo te imploro, no me dejes sola. Abre, abre la puerta...

Agarró el revolver, lo dirigió contra la cabeza, no quería oír a la mujer.

Pero ella gritaba con todas sus fuerzas, lloraba, pedía auxilio a Dios, a Jesús, a los espíritus, a los vecinos, y continuaba aporreando la puerta con sus brazos débiles.

La mano derecha de Augusto empezó a temblar, a continuación, un sopor se fue esparciendo por el brazo, lentamente, bajó el arma, puso lo revolver en la cama y cabizbajo abrió silenciosamente la puerta.

Lucía entró en el cuarto trastornada, vio el arma sobre la cama, la agarró cual fuese un reptil venenoso y salió corriendo del cuarto.

Algunos instantes después volvía, con una vecina.

Después de todas aquellas explosiones emocionales, Augusto sintió un gran cansancio y apatía. Lucía le hizo acostarse, le quitó los zapatos, cerró la contraventana del cuarto y fue preparar un té calmante.

Entonces el teléfono empezó a sonar repetidamente. El incendio fue anunciado por la radio, e innumerables conocidos, clientes y proveedores que tenían el teléfono de

Augusto telefoneaban para saber "si era verdad".

Lucía descolgó el teléfono.

Pasado algún tiempo, una nueva crisis nerviosa acometió a Augusto, que pasó a temblar intensamente. Lucía se quedó a su lado y él fue nuevamente calmándose.

A la hora de la comida llegaron los hijos. La madre pacientemente explicó lo sucedido, adolescentes aún, no lograron alcanzar la gravedad de la situación. Era apenas un problema de negocios sucedido a los padres y que los padres resolverían; en cuanto a ellos, continuarían su vida como siempre. Y a decir verdad, la hija se preocupaba más con una llamada telefónica de un posible novio, que lo relativo a su padre y su gráfica incendiada.

Problemas y soluciones

Por la tarde, Macedo, el socio minoritario apareció. En el principio, Augusto no quiso recibirlo, pero después cedió a la insistencia.

Macedo fue directo al grano:

- ¿Y ahora qué vamos a hacer?
- Nada, contestó Augusto.
- ¿Cómo que nada?
- Acabó, quebramos, estamos absolutamente en la bancarrota. Tenemos algunos pocos títulos por recibir, ya que la mayoría fue descontada, un terreno y un pasivo cinco veces mayor. Por todo eso entiendo que la suspensión de pagos es inviable. O requerimos la quiebra o esperamos que alguien lo haga. Eso es todo, y al fin todo dará lo mismo.
- ¡Fuiste un loco, no pagando el seguro!
- ¡No me enojés!

Macedo si descontroló y soltó una puñetazo que acertó a Augusto en el estómago, haciéndolo caer en la cama, contorciéndose de dolor.

Lucía que asistía a la escena corrió para socorrer el marido.

- ¡Vagabunda! Gritó Macedo empujándola en dirección a la cama, donde cayó encima de Augusto. A continuación salió, vociferando palabrotas.

El puñetazo junto a la tensión nerviosa provocó una crisis de vómito en Augusto.

Lucía auxilió el marido en la crisis digestiva y después limpió pacientemente el suelo.

Los hijos se asustaron con los gritos de Macedo y se quedaron medio atontados.

- Que ridículo, mamá. ¿Qué quería?
- ¿Por qué usted no reaccionó, papá?

Lucía intervino secamente:

- Salgan y déjenme cuidar a vuestro padre.

Ese inicio, fue una introducción al infierno de los tres meses siguientes: humillaciones, agresiones de acreedores, empleados y clientes, la quiebra, la pérdida de la casa, de los automóviles.

Lucía negoció en la escuela, logrando que el director compadecido permitiese que los adolescentes concluyesen los tres meses restantes del año lectivo sin pago.

Convenció a su hermana a acogerlos en una pequeña casita en los fondos de la casa del cuñado Juvenal.

Vendió las joyas y electrodomésticos logrando algún dinero, que permitió realizar la mudanza y garantizó por lo menos la alimentación.

Ejerció intensa vigilancia sobre el marido, preocupada que el gusto de Augusto por el whisky, en la situación desfavorable en que se encontraba, si transformase en alcoholismo.

Lucía fue firme con los hijos, y logró que finalmente aceptasen la situación y colaborasen, asumiendo los deberes domésticos y adoptando una postura responsable.

Lucía durante todo el tiempo se levantaba temprano y se acostaba tarde, cuando se acostaba. Su abatimiento era visible, pero los ojos castaños adquirieron un nuevo brillo en su fisonomía, junto al cansancio, apareció la luz del coraje y de la resignación.

Apegada a su "Evangelio Según el Espiritismo" oraba todas las noches. Las páginas que contenían los mensajes sobre el desprendimiento de los bienes terrenos estaban arrugadas debido al baño diario de lágrimas.

Noche de Navidad

La familia toda apretada en el salón-comedor-dormitorio de la casita de los fondos. Juvenal había viajado aprovechando las vacaciones de fin de año.

Lucita, la hija mayor había hecho un pastel, Guto el más joven fue al supermercado y compró algunas frutas.

Lucía abrió su viejo "Evangelio", hizo una plegaria agradeciendo a Dios. Augusto que antes tenía una postura de condescendencia con el lado religioso de la esposa, que titulaba de creencia, ahora la oía con cierta emoción. Después de la plegaria Lucía habló:

– El incendio, fue como un naufragio que nos tiró de un barco confortable a un mar agitado bajo la oscuridad de la noche. Sufrimos bastante, nos herimos, pero ahora amanece y llegamos a una playa, estamos en seguridad y todos vivos. Ahora necesitamos cuidar de nuestra supervivencia, necesitamos una casa, no podemos quedarnos indefinidamente como huéspedes de mi hermana, y el dinero de la venta de algunos pocos bienes se está acabando. La solución que yo veo es el trabajo. Usted Lucita, puede trabajar en alguna tienda, usted Augusto, necesita encontrar trabajo en alguna gráfica, yo ya logré un empleo de maestra en una escuela particular. Hoy conmemoramos el nacimiento de Jesús, y nuestra familia también está naciendo otra vez, más fuerte, más unida, más próxima a Dios.

Augusto en un rincón, oyéndola, reflexionaba: "Todo cayó: amigos, empresa, situación social, yo mismo, los hijos, pero Lucía, con su metro sesenta se quedó en pie, a semejanza de una torre, que permaneció firme, después de la caída de toda la fortaleza, y acabó salvándonos a todos".



Telma corría por la avenida, el vestido meciendo al viento, la bolsa de encuentro al pecho, calzada con zapatos de tacón que la forzaban a utilizar apenas las puntas de los pies.

Telma era una mujer guapa y elegante a sus 34 años; el vestido blanco estampado de negro, bolsas y zapatos a juego, cabellos castaños bien peinados, maquillaje suave y algunas joyas que hablaban de su condición financiera confortable.

Mientras corría, las lágrimas bajaban de sus ojos indecisos entre el verde y el castaño.

El sol ya se había puesto en la ciudad de Río de Janeiro; una penumbra se esparcía en la tierra; el gris plomo iba tomando más oscuras las nubes del cielo.

Al doblar la esquina, Telma se paró, bruscamente; jadeante se recostó a la pared revestida de granito negro de un edificio.

Mientras buscaba retomar el aliento y organizar sus pensamientos y emociones, sintió, en aquel granito negro, algo de fúnebre y un escalofrío recorrió su cuerpo.

Aunque la calle fuese céntrica, habían pocas personas, pues los establecimientos, oficinas en su mayoría, ya habían cerrado las puertas.

Un rostro de hombre se dibujó en su mente: Bruno, piel clara, cabellos negros, abundantes y brillantes por la gomina que destacaba su aspecto sedoso; afeitado de forma impecable, en realidad todo en él era impecable: la camisa, el traje, los zapatos, las botanaduras y el sujetador de corbata, ambos de oro.

Telma se enamoró de Bruño hacía dos años; ella casada, madre de dos niños con 7 y 10 años; él solterón, abogado muy bien situado, hijo de familia de clase media.

Ángelo, marido de Telma, era un muchacho bueno, rondaba los cuarenta, nacido en cuna de oro, hijo de comerciantes de telas, aprendió el negocio de los padres y continuaba ganando dinero: su pequeño imperio comercial constaba de cinco tiendas, una

tejeduría y una estampería. No era brillante, no era culto, no era osado; si no fuera por el empuje inicial del padre, hoy ciertamente sería apenas un empleado más de alguna tienda de telas, donde llegaría a gerente después de muchos años de profesión.

Telma se unió a Ángelo porque fue uno de los primeros que apareció; guapa y educada, bien vestida y honesta, Telma tenía algo de frío, de duro, una ausencia de carácter que la tornaba poco atractiva; su belleza llamaba la atención, pero en ella no había ese calor interior, esa energía afectiva que atrae las personas; semejaba esas lindas estatuas que ornan los museos, y atraen los ojos del visitante, sin embargo son frías, sin alma, y el visitante luego se dirige a otra pieza que tiene más encanto.

¿Pero qué había llevado a Telma al llanto y la carrera? ¿Qué temía? ¿De qué huía?

De una escena simple: Bruño, al lado de una guapa joven, de unos 19 años quizás. Conversaba animado, en una pastelería y frecuentemente agarraba, tierno, la mano de la chica.

En los tres o cinco minutos en los que observó la pareja, Telma vio un Bruño que no conocía: aquella intimidad de alma para alma, aquella expresión alegre y relajada, aquella ternura sincera y espontánea, que él nunca tuvo con ella. Aunque la sensualidad, la elegancia, la charla inteligente y culta, el clamor del sexo, el sabor de aventura del juego de la alevosía, que mantenían en los encuentros, Telma percibió allí, en aquel instante, que Bruño no la amaba, no confiaba en ella, no sentía ternura por ella. Bruño ofrecía a la joven de la pastelería, él mismo; a ella, Telma, Bruño daba solamente un antifaz, que le permitía lograr satisfacción sexual y aventura.

En aquellos minutos, en la acera, mientras observaba la pareja sintió el amargo vacío de su vida; se sintió hueca por dentro; no amaba el marido; y no era amada por él; no amaba el amante y tampoco era amada por él; en el fondo era indiferente para con los hijos; su lar estaba hueco, su vida entera era apenas una cáscara pintada y sin contenido. Una hembra en la selva tenía más sentido que ella; por lo menos una hembra tenía funciones: reproducirse, defender la prole, sobrevivir. Ella, Telma, no tenía función alguna.

Había corrido para huir de ese vacío omnipresente; cuando paró, descubrió que el vacío estaba dentro de ella y donde fuese, lo llevaría; su vida era un sin sabor, sin sal ni azúcar; era fría, no una frigidez física, biológica, pero una frigidez sentimental; no lograba amar a nada ni a nadie, no poseía afectos ni ideales.

Quizás la muerte fuese una solución; ya se sentía muerta; la muerte física sería apenas la ceremonia que confirmaría su muerte sentimental, que era como un desierto, que iba creciendo, creciendo, y tragándolo todo.

Repentinamente un coche tocó el claxon y aquel ruido estridente la desvió del rumbo extraño que sus pensamientos asumían.

Una serie de problemas prácticos asomaban en su mente; cosas cotidianas como coger un taxi, volver a casa; no había comprado las ropas para los niños, tarea que la trajo al centro de la ciudad; llegaría a casa después del marido, lo que siempre causaba algún embarazo; la lavandera estaba descuidando las ropas; ¿Sería mejor intentar reconducirle la conducta con una advertencia más dura, o buscar otra lavandera?

Esa multitud de banalidades, le traía un gran alivio; era un curioso vino que la hacía olvidar los dolores que iban por dentro; del punto de vista psicológico era mucho más fácil considerar el problema de la lavandera, recordar los cuellos mal lavados y forzar su inte-

ligencia, montando mentalmente un verdadero pleito judicial en torno de la calidad de los servicios de Isabel (era ése el nombre de la lavandera), considerando los diversos aspectos económicos, sociales y éticos, que reflexionar sobre el adulterio que cometía con metódica frecuencia, y principalmente entrar en las razones que la llevaban a hacerlo.

Hizo señas a un taxi que pasaba, se acomodó en el espacioso asiento y dio la dirección de su casa al conductor.

El automóvil rodaba lento y confortable en la noche amena; repentinamente, Telma sintió la garganta seca; pasaron por una esquina donde pobres prostitutas vestidas escandalosamente mercadeaban afecto.

Después de la sequedad en la garganta y en la boca, unas ideas empezaron a martillar su cabeza repetidas veces: era más menospreciable que aquellas prostitutas; ellas quizás estaban motivadas por la pobreza, falta de empleo, o quizás por un romance frustrado que quitándoles la virginidad, las precipitó a aquella vida, que era la salida para un casamiento imposible según los prejuicios de la época; pero ella, Telma, ¿Qué podría alegar a su favor? ¿Cómo podría justificar su comportamiento? ¿Dinero? Tenía de sobra; ¿Una pasión avasalladora? No, Bruño era un hombre bonito y nada más; ¿Un desequilibrio grave, ninfomanía, por ejemplo? No, era una mujer normal, algo contenida incluso; ¿Por qué entonces? Porque ella era una bestia, respondió mentalmente, casi sin querer; Porque su vida no tenía sentido; así como la hembra animal estaba dirigida por el instinto, estaba desgobernada por la falta de razón en su vida; así como aquel taxi, suponiendo, rompiese el volante, iría en una dirección cualquiera, así ella también iba al sabor de las circunstancias, chocando en los coches estacionados a la orilla de la calle; Bruño era simplemente un coche en el que ella chocara por circular sin tener un rumbo.

Esa secuencia de razonamientos volvía sin parar; esos pensamientos curiosamente le daban algún alivio; pensar que ella no valía nada, que no tenía responsabilidad, que no tenía vergüenza, que no tenía razón, le traía una sensación agradable y mórbida; era bueno agredirse.

Le gustaría llegar a casa y llevarse una paliza del marido en frente de los hijos; que él la golpease bastante; que le diera latigazos y llenase su cuerpo de verdugones.

Una placa de calle la sacó de sus devaneos; estaba en la calle donde vivía, unos momentos y estaría llegando; abrió la bolsa, agarró el dinero, e indicó el adosado donde residía.

Su casa era bonita, casi un palacete; al entrar vio los hijos en la sala leyendo libros infantiles (la televisión no había llegado aún a Brasil) y el esposo hojeando el diario.

Los niños la saludaron con un "hola mamá"; dio un beso igualmente formal al marido y añadió:

- No tuve suerte, fui a varias tiendas y no encontré lo que buscaba; por último encontré una vieja colega de curso primario. ¡Curso primario! Imaginen. Quiso contarme lo que le pasó en ésos más de veinte años en los que no nos veíamos; fue narrando todo, año tras año, miento, mes a mes, todo lo que le aconteció; fue extenuante y aburrido, acabó con mi humor... iré a ver como está la cena...

Nadie, ni los hijos, ni el marido, hicieron ningún comentario y Telma se dirigió para a cocina.

La cena transcurrió en silencio, se fueron a dormir temprano, como de costumbre.

Telma no telefoneó a Bruño la mañana siguiente, no sabía que decirle y concluyó que no tenía nada que exponer, ni preguntar; la vida de él no le decía nada y era mejor terminar.

Independientemente de eso, un fuerte deseo la asaltó y ella no sabía que hacer en aquella situación.

Pensó en buscar otro hombre, pero consideró que necesitaba darse a sí misma algún tiempo.

Le vino inexplicablemente la idea del suicidio, la muerte, tenida por ella como la negación absoluta, debía de ser un sueño sin sueños; pero para llegar a ella era necesario romper el mecanismo del cuerpo, fuese a través de un revolver, de una caída o de una sustancia tóxica; agredir el propio cuerpo, destruirlo, comprometer órganos, le causaba pavor y no logró más que pensar en la hipótesis de la muerte.

Los días pasaron tediosos; procuró llenar la vida de banalidades para que el tiempo pasase más rápido; la modista, la peluquera, el decorador, el jardinero, las criadas domésticas eran los soldados que la auxiliarían en la lucha contra el vacío. En el pasado hicieron mucho por ella y ahora era hora de llamarlos para mantenerse equilibrada y viva.

Todo podía ser modificado: de las alfombras a los muebles de la sala; de la ropa de los niños a las plantas del jardín; se zambulló a fondo en el cuidado de los pequeños problemas, pero el vacío crecía, se sentía cada vez más seca, más sosa; imaginó que cuando se volviese vieja, sería intratable, sistemática y formal.

Se sentía exhausta, se quejaba constantemente de las fatigas domésticas; pensó en viajar, pero ir sola, ni pensarlo; ir con el marido, inviable; Ni ella, ni él, soportarían convivir 24 horas por día, juntos; Descartó la idea.

El Inoportuno

Tres meses después del episodio de la separación de Bruño, se sentía muy cansada. Acostada en su gran cama, en su espacioso cuarto, contemplaba los encajes de la cortina de la ventana; las contraventanas cerradas dejaban entrever la suave luminosidad de la tarde carioca, soleada y caliente.

Repentinamente percibió un hombre, de pie, detrás de ella; un escalofrío recorrió todo su cuerpo; empezó a verlo, aunque él estuviese fuera de su campo de visión; sucio, andrajoso, con los dientes corrompidos y con gruesas placas amarillas, como si no se los cepillase hace años.

Una sensación de terror, dominó todo su ser; ella no comprendía que le pasaba y no estaba en condiciones de pensar, de reflexionar; en ese instante el hombre habló, su voz era grosera y arrastrada:

- ¿Me estás viendo ahora? Su perra. Voy a tener tu cuerpo y también su alma; vas a ser mía y vas a sentir mi suciedad y mi mal olor.

En eso un terrible mal olor inundó su olfato, una sensación tan fuerte que su estómago se convulsionó y no consiguió evitar el vómito.

Acostada de espaldas como estaba el empuje del vómito hizo que Telma como movida por un resorte se pusiese sentada; manchó todo su vestido y no vio más al hombre; se quedó aún largos minutos, allí en la cama, atontada, sucia, las lágrimas corriendo por su faz, sin saber lo que hacer; Con mucho esfuerzo se levantó aterrada; fue hasta el baño, se quitó la ropa y logró tomar un baño; se puso ropa de dormir y un camisón; necesitaba ver a alguien.

Bajó las escaleras de mármol blanco y dijo a la criada:

- Sírvame un té bien leve, tuve una indisposición digestiva, pida a Rosa que vaya a mi cuarto, retire la ropa sucia, limpie y cambie la ropa de cama.

Sentada a la mesa de la cocina, mientras aguardaba el té, pensaba en la falta de lógica de todo que pasó.

¿Cómo podía haber presentido o visto el hombre fuera de su campo de visión? ¿Cómo él entró y salió sin abrir o cerrar la puerta? ¿Cómo tenía por ella un odio tan grande si nunca lo vio antes? Solamente una explicación había: todo aquello no pasó de un sueño; ¡Pero no, no podía ser! ¡Estaba despierta! Todo apuntaba en una única dirección: ¡Estaba volviéndome loca! De otro lado quizás perder la razón sería bueno, sería lo mismo que morir; no tendría más preocupaciones en la vida, pero la visión que tuvo antes fue muy desagradable: ¿Sería un tipo de locura poblada de alucinaciones que más parecían pesadillas?

El té estaba listo, y la criada lo sirvió en una fina taza de porcelana china; Telma lo bebió lentamente; no quería volver al cuarto y se fue al salón, se acostó en el sofá, entonces decidió sentarse, tenía miedo de dormir y soñar con el hombre desaseado.

Resolvió leer algo, tomó el periódico del día y fue leyendo desatenta aquella multitud de noticias.

El mal estar proseguía, los hijos aún no habían llegado de la escuela, escalofríos recorrieron su cuerpo, decidió llamar al médico de la familia, Dr. Leche.

Un tanto sorprendido, Dr. Leche la saludó y se dirigieron para al cuarto de huéspedes para los exámenes de práctica. Telma pidió que la criada les acompañase, era muy celosa de su reputación, parecer púdica y recatada le hacía bien; jamás usaría un escote exagerado, ropas muy cortas, o se sentaría de forma inconveniente. Mientras se dirigían al cuarto, pensó: "Puedo ser una sinvergüenza, pero jamás dejaré de ser moralista"

El médico midió la presión, temperatura, frecuencia cardiaca, auscultó el corazón y los pulmones, palpó demoradamente el abdomen y concluyó:

- Todo lleva a creer que la Señora tuvo una crisis nerviosa que fue la causa de esa indisposición; ¿le gustaría conversar en particular?

Telma tardó un poco en responder; no podría hacer del Dr. Leche un confidente. Era íntimo del marido; prefirió cambiar de tema:

- No veo necesidad, el señor se engañó; era la una de la tarde, estaba en la cama, reposando un poco, cuando me acometió la crisis digestiva; confieso que me puse nerviosa con toda aquella suciedad y también por no saber lo que ocurría, por tanto la crisis nerviosa fue consecuencia y no causa de la indisposición; en mi opinión todo eso fue causado por algún alimento en mal estado que comí en el almuerzo y apuesto que fui "premiada" con una de las piezas...

Una ira sorda, una aversión inexplicable, por aquél médico, tomó cuenta de Telma; mentalmente vinieron a su mente palabras muy agresivas, como por ejemplo: "Quién es ese payaso, para querer conversaciones particulares conmigo", "¿Quién piensa qué es con ese aire paternal?", "Está aquí tras el dinero, y quiere estirar la cosa para ver si después arranca algo más", etc. Sin embargo se controló, exhibió una sonrisa fría, manteniéndose en un silencio desagradable.

El Dr. Leche, gentil, no polemizó, apenas agarró el bloque de recetas, prescribió un calmante y una medicina para el estómago; le avisó que el calmante le daría sueño, recibió el cheque de los honorarios y se despidió con pocas palabras.

Poco después la criada llegaba con los medicamentos; Telma les tomó y fue para su cuarto, ya limpio. Se sentía mejor.

El marido llegó con los hijos que recogió a la salida de la escuela.

Ninguno de los familiares se impresionó con los problemas de salud de Telma, como de hábito fueron a dormir temprano.

Eran quizás, las dos de la mañana cuando Telma se despertó, el cuarto estaba flojamente alumbrado por la luz amarillenta de una lámpara. Repentinamente un escalofrío recorrió su cuerpo, aún con los ojos cerrados percibió que el hombre estaba en el cuarto; el marido dormía profundamente, estaba aterrorizada; veía claramente el mismo hombre sucio sentado en la butaca que había en el cuarto. Él se reía cuando dijo:

- Entonces, su rata de cloaca, no aguantó mi olor; sepa que fue usted quien me echó en la cloaca, desde aquel día que tengo ese olor. Ahora voy a darle un abrazo, para que usted sienta mejor mi olor.

El hombre se levantó con un aire irrespetuoso y se fue aproximando, ella estaba estática, muda no sabía lo que hacer hasta que sintió nuevamente aquel olor horrible; quiso gritar pero el grito de pavor fue sofocado por el vómito; Telma se atragantó violentamente, y el vómito se mezcló con un terrible acceso de tos; no vio ni se oyó más al hombre sucio.

El marido, obviamente, se despertó asustado; la cama estaba nuevamente sucia, el fino camisón de lino bordado, con las manchas del resto de la cena y Telma muy roja con el acceso de tos.

La secuencia de la tarde se repitió; el baño, el té, el calmante la medicina para el estómago. Ángelo sugirió:

- Creo que no debemos llamar ahora al Dr. Leche ahora, pero a las seis le telefonaré y le pediré que se pase por aquí antes de ir para el hospital...

- Ni me hable de aquel incompetente, no puedo siquiera oír el nombre "Leche" que la crisis empeora.

Ángelo no insistió

Y así comenzó el vía crucis de Telma; gastrologistas, exámenes, radiografías, medicamentos, diagnósticos opuestos y las crisis prosiguiendo casi diariamente.

En tres semanas la lozanía y la belleza de Telma habían desaparecido; ojeras profundas, apariencia neurasténica y abandonada, mirar turbio; todavía mantenía en secreto la presencia del hombre que la perseguía, que estaba siempre al acecho; bastaba tener un momento de relajamiento para que él la atacara; insistente, no le daba tregua, cada vez más cruel y provocando las crisis con más facilidad.

Telma temía ser ingresada en un hospicio, si revelaba lo que pasaba; consideraba que su vida si hubiese transformado en un infierno, tenía criadas, vivía en una casa confortable, podía mirar por la ventana y disfrutar del contacto del marido y de los hijos; Ingresada en un hospicio ¿Qué sería de ella? Con el tiempo seguramente se transformaría en un vegetal, que todos olvidarían.

El dolor fue suavizando el corazón de Telma; pasó a apegarse al marido y a los hijos; los solicitaba constantemente. ¡Qué desahogo sentía cuándo llegaba la tarde! Mesmo en su desequilibrio pasó a tratar mejor a las criadas.

El extraño andrajoso, que Telma creía ser un producto de su mente desequilibrada, sin embargo, estaba cada vez más presente y más contundente y ella percibía qué iba sucumbiendo bajo aquella presión; no razonaba con la misma lógica y claridad de antes; ocurrían lapsos de memoria frecuentes, olvidaba números de teléfonos y nombres de personas con las cuales convivía habitualmente; y el cansancio aumentaba día a día.

Su lucidez era un círculo luminoso que se iba cerrando y la oscuridad de las cosas sin sentido iba aumentando, como esas tempestades, cuyas nubes van volviéndose cada vez más oscuras y amenazadoras; el miedo avanzaba más y más en la mente de Telma y la posibilidad que veía de enloquecer estaba cada vez más próxima.

El control que tenía sobre sí misma, para mantener su secreto, iba disminuyendo.

¿Locura?

Un día, estando reunidos en la sala, ella, el marido, los hijos y la criada, el hombre apareció, aterrada percibió que él no estaba solo, a su lado veía tres bultos con facciones animalizadas. Luego a continuación "el hombre sucio" dijo:

- Ahora yo voy a tenerla, va a pertenecerme y voy a mostrar a todos, quien es usted...

Telma empalideció de pavor; el hombre la abrazó y empezó a hablar por su boca, ella no lograba contenerse, oía sus palabras que estallaban a gritos en su mente y escurrían por su boca:

- Ella no sirve... es una hembra que no vale nada... está loca y no quiere admitir... estoy aquí para hacerla mostrarles, a todos ustedes, sus idiotas, quien es ella...

Y en medio a accesos de tos, vómito y carcajadas Telma cayó en el suelo retorciéndose y diciendo palabras de baja alcurnia.

Nadie sabía que hacer, Ángelo corrió al teléfono, desesperado, y llamó al Dr. Leche.

Telma continuaba diciendo cosas inconexas, ahora gritaba:

- Llévenme de aquí... quiten a ese hombre asqueroso de encima de mí ... no se acerquen, os mato a todos, como también voy a matarla, gusano en forma de mujer... socorro, por favor... tengan piedad... cálese su vagabunda...

Ángelo intentó sujetarla, pero no lograba, ella se debatía y se resbalaba entre sus brazos; los niños lloraban, la criada en un rincón rezaba una serie de "Padre Nuestros" y "Ave María".

Telma a veces se dirigía a la criada:

- No adelanta nada rezar, bestia de carga, soy más que Dios... Socorro... Es inmun-

do... Veinte años preparando la venganza... esta desgraciada me pagará...

Pasado un interminable cuarto de hora, llegó el Dr. Leche; subió la escalera del balcón sin aire, entró por la puerta de la sala que Ángelo dejó entreabierta; se arrimó a Telma, que aparentemente sin pudor, alzaba el vestido y decía palabras obscenas para el viejo..

Dr. Leche se quedó en silencio, puso la mano sobre la cabeza de la pobre mujer, sucia y desgredada y empezó a hablar en voz baja y tranquilizante; los presentes apenas percibían algunos trechos en virtud de los gritos de Telma:

- Jesús, Jesús... mi hermano, mi hermano... porque el camino del mal y de la venganza con esa pobre mujer...

Mientras tanto Telma continuaba a los gritos:

- ¿Por qué me está encadenando, viejo charlatán? ¿No sabe qué de aquí a poco reviento con todo eso y voy a matarlo?

- No soy yo quien lo retiene, es que aún existe alguna dignidad y bondad en usted...

Y continuó como quien hace una plegaria:

Piedad Jesús para esa pobre pareja encadenada por los errores de la obsesión...

Suplico, Señor, por la madre de familia que los hijos necesitan ver erguida, por el marido que necesita el apoyo de la esposa y por ese espíritu que aquí se encuentra cegado por el dolor y por la venganza. Piedad, Señor, para todos nosotros...

Y repetía bajito, varias veces:

Jesús, Jesús...

Telma dijo:

- Yo volveré, volveré...

Aún habló algunas palabras inconexas y quedó inconsciente, quedando caída en la alfombra.

Dr. Leche calmó a todos y, pidiendo el auxilio de Ángelo, la llevaron para al cuarto; Ángelo y la criada cambiaron la ropa de Telma, aún medio adormecida, y la acostaron en la cama.

Telma se despertó y fue acometida por una crisis de llanto:

- No me abandone Ángelo; yo no quiero ir a un hospicio, yo no aguanto más...

Se abrazaba al marido, indiferente ante la presencia del Dr. Leche; Ángelo no sabía que decir, sólo repetía:

- Cálmate, cálmate

Pero era evidente su incomodidad y el sentimiento de casi repulsa por la esposa, estampado en su rostro, mientras buscaba delicadamente deshacerse del abrazo de Telma. Sentía una voluntad inmensa de irse de allí y librarse de aquella pesadilla en la cual su tranquila vida familiar se transformó.

A pesar del autocontrol de Ángelo, Telma percibió su repulsa y un lloro convulsivo estalló, lavando con lágrimas su rostro, mientras, con profunda tristeza, retiraba los brazos del cuello del esposo.

El Dr. Leche dispuso un calmante para Telma, y la durmió, llamó a Ángelo para una con-

versación en particular y fue directo al punto:

- Ángelo yo lo conozco desde que nació, fui médico de sus padres y ahora atiendo a usted y su familia, por tanto procuraré ser práctico y objetivo. Al margen de polémicas religiosas, en este caso, es que su esposa pasa por un grave proceso obsesivo, o sea, está ligada a un espíritu en sufrimiento y demente que provoca en ella disturbios físicos y mentales; creo que esa ligazón es antigua, relacionada con encarnaciones pasadas; por su expresión, mis palabras son extrañas para usted, Ángelo...

- Esta, bien... en verdad no me meto en esos asuntos; yo esperaba de usted, digamos, una razón algo más científica... todo eso me parece algo irreal, sin embargo, no puedo dejar de reconocer que con sus extrañas palabras la crisis fue interrumpida, ella desfalleció, y cuando recobró los sentidos estaba casi normal... pero usando sus propias palabras, ¿Qué propone usted para curarla?

- Tenemos un problema que tendrá, probablemente, un largo proceso de cura; no serán inyecciones, cirugías o pastillas que traerán la salud su esposa; es necesario un tratamiento espiritual y principalmente el deseo de curarse, que, creo, ella tendrá, motivado por el sufrimiento que es grande. En ese proceso será de inestimable valor el apoyo de un grupo espiritista serio; aquí en Rio tenemos varios, yo personalmente frecuento el Grupo Espiritista Ismael, y puedo presentarlos la dirigente Cacilda. Como esposo deberá instruirse también, ya que ha que convivir con ese problema por largo tiempo; sugiero que pasen mañana, por mi casa, a las diecinueve horas para irnos juntos.

Ángelo no sabía lo que decir y prefirió quedarse lacónico:

- Está bien, mañana 19 estaré en su casa, déjeme hacer el cheque para pagarle...

- Este tipo de asistencia yo no cobro, no me debe nada...

Ángelo aún hizo una tentativa, pero el médico le agarró la mano con delicadeza y dijo apenas:

- No haga eso...

Después que el médico salió.

Ángelo fue a ver a los niños, que estaban muy asustados; Pidió que se tranquilizaran y les explicó:

- Vuestra madre está enferma física y mentalmente, pero hemos de curarla y ella se pondrá buena.

- ¿Estás diciendo qué la mamá está loca?

- No, mi hijo, en verdad no comprendí bien lo que el Dr. Leche dijo, pero para todo hay un remedio, y lo encontraremos. Que Dios os bendiga y ahora duerman.

Besó y abrazó a los hijos con infinita ternura, amaba aquellos dos niños, siempre se emocionaba al darles buenas noches, al entregarlos en la escuela, y tenía gran alegría cuando iba a recogerlos a la salida. Los tres (él y los dos hijos) formaban un fuerte círculo afectivo de lo cual era comúnmente excluida la madre.

Se acostó al lado de Telma, con cuidado para no despertarla, y sus pensamientos empezaron a divagar: la actitud de Telma, con su comportamiento obsceno junto al Dr. Leche lo avergonzaba mucho, aún que el médico se mostrara discreto; haría una tentativa con el Dr. Leche y el tal grupo espiritista, pero daría un plazo: dos meses, si no hubiese mejora internaría Telma en un sanatorio y reharía su vida; era joven aún, si fuese el caso, se

mudaría de Rio y se libraría de todo aquella pesadilla; nuevamente se sintió avergonzado; ¿Y si la situación fuese inversa? Si él hubiese perdido la lucidez y fuese tirado en un hospicio en medio de maltratos, choques eléctricos y la penosa convivencia con otros enfermos. Al final era la madre de sus hijos, y él amaba los hijos. Se recordó de su caso con Adélia; hace dos semanas no la veía, envuelto en los problemas de salud de Telma; pensó que hacía bien, ya estaba con problemas, además, resolvió aprovechar los acontecimientos y poner fin a aquel romance que ya se prolongaba demasiado. Solo faltaba en ese momento tener un hijo fuera del matrimonio para desmoronarse de una vez. Casa, enfermedad y trabajo deberían ser sus únicas ocupaciones hasta resolver el problema de la esposa.

La miró, su sueño era a veces agitado, sintió pena de la mujer, siempre arreglada y celosa de la apariencia y de la higiene personal, verse en aquel estado deplorable; tantos años juntos: el noviazgo, el sueño del casamiento, lloraron de emoción los dos en la iglesia; ¿Dónde habían llegado? Apenas la educada indiferencia y las convenciones les unían; ¿Y qué le reservaba el porvenir para su vida? Se sentía como descendiendo un río en un barco a la deriva, oyendo a lo lejos el sonido cada vez más fuerte de una cascada que se aproximaba, incapaz de tener alguna idea que pudiese salvarlo; en eso vio en el margen al Dr. Leche tirándole una cuerda con un paquete de libros amarrados en la punta...

A esa altura Ángelo no estaba reflexionando y sí soñando, imperceptiblemente pasaba de la vigilia al sueño, lo que era audible en virtud de sus fuertes ronquidos; su expresión era tensa y su cuerpo penosamente estresado.

Aunque con un sueño agitado, Telma durmió toda la noche.

Por la mañana Ángelo le comunicó el diagnóstico del Dr. Leche:

- El Dr. Leche me explicó que según su entender tu problema es espiritual; algo con un espíritu que te molesta y que te provoca problemas físicos y esas alteraciones de comportamiento...
- ¿Qué alteraciones de comportamiento? Telma habló con un principio de irritación.

Ángelo percibió la irritación de la esposa, respiró hondo y explicó:

- Ayer por la noche estábamos en la sala y usted, junto con sus habituales crisis de vómito empezó a decir cosas inconexas, incluso obscenas, y se echó en el suelo; llamé al Dr. Leche que hizo una especie de oración y usted se quedó inconsciente; La llevamos al cuarto, usted me abrazó diciendo tener miedo de volverse loca, a continuación tuvo una crisis de lloro; el Dr. Leche le dio un calmante y usted durmió; ¿No se recuerda de nada de eso?

Telma se quedó muy roja y dijo tartamudeando:

- Estoy muy confusa, tuve muchas pesadillas y creí que lo que usted me esta diciendo fue una pesadilla que tuve... no consigo pensar con claridad... pienso que usted está mintiendo... eso no puede haber pasado...
- Pero pasó, atajó Ángelo con voz fuerte, y me comprometí con el Dr. Leche a llevarla a un grupo espiritista, conforme a sus consejos. No entiendo de esas cosas, pero él es una persona sensata, y creo qué debo intentar, la lleve a tantos médicos y ¿Qué tuve hasta ahora? ¡Nada!

- ¡Yo no quiero ir en esos disparates! Ese médico es un idiota senil...
- Lo qué pasó ayer aquí junto con los niños fue horrible, no quiero que mis hijos presencien una escena cómo ésa otra vez, ¿Qué usted prefiere, ingresar en un hospital psiquiátrico?

Telma palideció, le vino a la mente una clínica que visitó en el Barrio del Cajú, donde estaba ingresada una tía esclerosada, que sólo decía sin sentidos; cabellos desgreñados, camisión blanco, en medio a los otras enfermos atontados, conducidos como ganado por enfermeras groseras... había tenido una experiencia terrible. Telma silenció angustiada.

- Vendré más temprano del trabajo para recogerla...

Conmovido Ángelo le besó la frente, abrazó los hijos y salió.

Se quedó preocupado, pensó "mis hijos en aquella casa con aquella loca...", "todo puede pasar", pero después, reflexionando mejor, consideró que había las criadas; cuando llegase a la oficina telefonaría y les pediría que se quedasen vigilantes; de otro lado, después de la comida irían a la escuela y allá estarían en seguridad.

Dirigía el coche por una calle sinuosa con un barranco a su izquierda; imaginó una derrapada y el coche capotando por el barranco; la enfermedad de Telma era la derrapada. ¿Lograría él conducir el automóvil de su propia vida y reubicarlo en la vía pública? O inhábil rodaría por el desnivel reventándose, él y los hijos... ¿Cuáles serían las oportunidades de resolver aquella situación en un centro espiritista? Telma era prácticamente atea... Irían probablemente a intentar sacarle dinero... Religión y pedidos siempre andan juntos... Pero, el Dr. Leche era persona seria, se recordó del médico rehusándose a recibir el pago de la visita, sintió firmeza en la actitud de él... la solución era esperar...

Se volvió al Cielo, que veía a través del parabrisas, resolvió levantar la capota del automóvil descapotable; accionó el mecanismo y fue rodando bien despacio para que la fuerza del viento no echase la capota hacia atrás. Estacionó y arregló la capota en el compartimiento propio.

Retomó el camino en dirección a la tejeduría, el viento sacudía y despeinaba sus cabellos, el cielo azul, el mar, se sintió acariciado por la naturaleza, no sería fácil dejar aquella "ciudad maravillosa". Se Recordó de los padres fallecidos, él niño, rezando antes de dormir, arrodillado al lado de la cama y después pidiendo a bendición del padre y de la madre; acarició una medalla de oro de Nuestra Señora que tenía en el cuello y que había ganado aún cuando era niño. Sintió una dulce emoción, rezó un padre nuestro y una ave maría, mentalmente besó las manos fuertes y peludas del padre, y las delicadas y pequeñas de la madre; raramente visitaba el cementerio, la última vez que había ido allí fue hace unos cinco años, tuvo la voluntad de ir al el cementerio, visitar el túmulo de los padres; pero no sería posible, el día estaba congestionado, necesitaba llegar a la oficina para telefonar; mandaría un empleado llevar flores al túmulo de los padres. A su madre le gustaban las rosas y el padre usaba siempre un clavel en la solapa. Les mandaría algunas docenas de rosas y de claveles; se recordó del padre con su traje de cachemira inglesa gris y con "rayas de tiza"; le pareció verlo sonreír, alzando la solapa del traje y aspirando el perfume del clavel, gesto común cuando estaba contento.

Se recordó a continuación que el gerente de una de las tiendas era espiritista; creyó válidos

do conversar con él; después del almuerzo, en su corta tarde, iría a inspeccionar la tienda y aprovecharía para recolectar algunas informaciones; la esperanza lo animó, encendió la radio del coche y prosiguió menos amargado, mientras una plácida sonrisa se dibujaba en su expresión

...

En casa, Telma tuvo una mañana relativamente tranquila, pasó la mayor parte de la mañana oyendo la radio y leyendo revistas; en el almuerzo comió poco por miedo a los vómitos.

Por la tarde, su estómago empezó a revolverse y pasó a sentir la presencia del "hombre sucio". Se sintió atemorizada, pidió a la criada quedarse a su lado, estaba ansiosa porque el marido llegase pronto.

La criada sugirió que rezasen un rosario, Telma accedió. Empezaron a repetir en voz alta los Padre-Nuestros y las Avemarías; todo y la repetición de las plegarias, la presencia del "hombre sucio" iba siendo cada vez más fuerte y Telma estaba cada vez más nerviosa.

A cierta altura la ansia de vómito era insoportable; la criada la auxilió a ir al baño y vomitar el almuerzo; como pasaba con frecuencia, los espasmos del vómito disminuían la sensación de la presencia del "hombre sucio". Sin embargo diez o quince minutos después la presencia de él era casi palpable. Telma cerraba los dientes para no gritar las peores palabrotas al intentar expulsarlo de su casa; y en medio a aquel esfuerzo de auto control ella parecía verlo riéndose de ella, mostrando sus dientes podridos y desaseados, pero consiguió contenerse.

Finalmente Ángelo llegó con los niños:

- ¿Cómo está usted?

- No estoy bien, Adélia me hace compañía y rezo, pero no estoy adelantando...

- ¡Ánimese! Hoy estuve con Geraldo, el gerente de la tienda que se queda en el Flamenco, es espiritista y me dijo que conoce varios casos semejantes al suyo y que fueron curados; él hasta sonrió, cuando narré algunas peripecias; me dejó muy esperando...

Telma sintió una rabia casi incontrolable hacia el gerente, que había visto algunas veces, pues era común en las fiestas de cumpleaños de Ángelo convidar los empleados más graduados de sus empresas; no lograba explicar su rabia por aquel hombre que viera tan poco, pensó consigo misma, "creo que todo eso hace parte de la locura", pero acabó dejando escapar:

- Él siempre me pareció un majadero, que diría cualquier cosa para dejarle contento; hace parte del arte de la adulación...

Y concluyó la frase con una sonrisa y un mirar extraños, que provocaron una sensación de miedo en Ángelo, que desvió los ojos y perdió el buen humor con que había llegado; por primera vez en todos aquellos años de relación, idilio, noviazgo y casamiento, nunca sintió miedo de Telma; en aquel momento todavía pensó que ella podría ser peligrosa; su mente se dirigió inmediatamente a los hijos, si ella en su locura hiciese un algo con los niños, él jamás la perdonaría; cortó la conversación secamente:

- Voy a comer algo, saldremos enseguida para cuidar de "sus" problemas...

Telma sintió la puntada y la rabia fue sustituida por una tristeza y un desánimo inmensos; repentinamente se sintió sin fuerzas, como un naufrago cansado de nadar en un océano sin tierra a vista...

Ángelo decidió que la criada les acompañase, podría pasar algo en el trayecto y no quería estar solo con Telma; la presencia de ella lo incomodaba, era con grande esfuerzo que contenía la repulsa cuando en alguna curva más acentuada ella se juntaba a él; pensaba para sí: "cuántas vueltas da la vida; deseó aquella mujer casi con locura, como la ansió en la noche de nupcias; como se sintió feliz cuando terminó el viaje de luna de miel; reflexionó que a partir de aquel día y por el resto de sus días tendría aquella mujer a su lado todas las noches; como si emocionó cuando nacieron sus hijos; con que gratitud inmensa besaba su vientre innumerables veces diciendo:

De esta barriga salió la razón de mi vida; cuanto soy feliz de ser padre...

Y pasados todos aquellos años el toque de aquel cuerpo antes tan deseado era casi asqueroso; respiró hondo, ¡Ah! Como desearía abrazar el padre en aquella hora, sentarse en su regazo, verlo aspirar el clavel y recibir de él todo aquél encanto por la vida; a continuación imitarlo, como hacía de niño, aspirando igualmente la flor y haciendo la misma expresión de satisfacción del padre, que se divertía a punto de no contener la carcajada, mientras la madre lo miraba con ternura, por encima de las gafas que usaba en el omnipresente ganchillo y sonreía también. Habría de superar todo aquello y dar a los hijos todo el amor que recibiera de sus padres. Aceleró el coche, se concentró en la dirección y buscó no pensar más en Telma.

Recogieron en el camino la Dr. Leche, que estaba esperando en el balcón y se dirigieron al grupo espiritista.

"Grupo Espiritista Ismael"

El grupo espiritista funcionaba en un almacén en los fondos de la casa de campo de Cacilda. De piel clara, gorda (más algunos quilos y sería obesa), aire sonriente, cabellos blancos, debía andar por los 60, esparcía una sensación de paz y serenidad; Semejaba estar envuelta en una atmósfera invisible, al aproximarse a ella, la hipotética atmósfera filtraba nuestra mente, dejando los problemas del lado de fuera.

Llegaron temprano; había una media docena de personas en el almacén; Cacilda conversaba con una señora en un rincón; hizo unas señas con la cabeza e indicó al Dr. Leche que luego les saludaría.

Pasados unos cinco minutos, se despidió de la señora con quien conversaba con un afectuoso apretón de mano y se dirigió al pequeño grupo que aguardaba en silencio el Dr. Leche hizo las presentaciones; cuando llegó la vez de Telma, dijo:

- Ésa es Telma esposa de Alfredo; atraviesa un proceso obsesivo que esperamos será resuelto con la terapéutica espiritista.

A lo que Cacilda contestó:

- Buscando la cura, Telma, ciertamente la conseguírás; recordémonos de las palabras de Jesús: "aquél que busca halla"; yo también fui traída a esta casa por un proceso

obsesivo grave y con la ayuda de Dios y de los bienhechores espirituales, conseguí reequilibrarme. Vamos a cambiar nuestras experiencias. Y tomando a Telma de la mano la condujo hacia un rincón de la sala.

Telma se dejó conducir como un autómata; su razonamiento, habitualmente vivo, parecía amortecido, tenía la sensación de estar asistiendo y no viviendo aquella escena.

Sentadas en un rincón, Cacilda prosiguió:

- Estoy viendo un hombre a su lado, está muy sufrido y subvertido y creo que su influencia es lo que le trae esas perturbaciones a usted. Esa aproximación se produce de forma tan sufrida para despertarla para los valores mayores de la vida, que usted abandonó, corriendo tras quimeras, fugándose a sus deberes de esposa y madre. Con su esfuerzo perseverante en lo bien usted logrará superar esa fase difícil y empezará una nueva etapa en su vida más productiva y feliz.

Telma sentía emociones las más contradictorias oyendo a Cacilda, tenía voluntad de abrazarla y refugiarse en su cariño materno, al mismo tiempo quería fugarme de allí; se sentía presa de aquella mujer al mismo tiempo en el que quería salir corriendo; veía el hombre sucio, sentía su ira y su carencia afectiva cual si fuese un niño andrajoso buscando la madre por una calle miserable; todo era confuso; empezó a llorar a murmuró entre sollozos:

- Tengo miedo... estoy sufriendo... me estoy volviendo loca... necesito auxilio...

Cacilda la abrazó tiernamente; Telma correspondió al abrazo apretando fuertemente la mano de Cacilda.

Poco después Cacilda condujo Telma para sentarse al lado del marido en la primera fila de las sillas que formaban la "asistencia"; Había unas veinte personas en la sala; algunas se acomodaron en torno a la mesa y se inició la reunión.

Un señor, Fernando, bajito y completamente calvo, tomó un libro que estaba sobre la mesa lo abrió de ojos cerrados y leyó lo siguiente:

- "El Evangelio Según el Espiritismo"; capítulo 11, apartado siete: Esta sentencia: "Dad a César lo que es de César", no debe, entretanto, ser entendida de modo taxativo y absoluto. Como en todas las enseñanzas de Jesús, hay en ella un principio general, sintetizado bajo forma práctica, usual y deducido de una circunstancia particular. Ese principio es consecuente de aquél según el cual debemos proceder con los otros como queramos que los otros procedan con nosotros. Condena todo perjuicio material y moral que se pueda causar al prójimo, toda corrupción de sus intereses. Prescribe el respeto a los derechos de cada uno, como cada uno anhela que se respeten los suyos. Se extiende a los deberes contraídos con la familia, la sociedad, la autoridad, tanto para los individuos en general.

Cerró el libro y continuó:

- Queridos hermanos, aprendamos a cumplir nuestros deberes en todas las circunstancias en las que nos hallemos inmersos: en la familia dignifiquemos el puesto de cónyuges, de hijos, de padres y hermanos, entendiendo que por encima de eventuales divergencias levitan nuestras obligaciones con aquellos con quien convivimos en el ambiente doméstico; De la misma suerte recordemos siempre de nuestros deberes con el país que nos acoge y su pueblo; con las autoridades que nos gobiernan y que necesitan mucho más de nuestro apoyo y de nuestra plegaria de lo que de nuestras críticas; Cumplir los debe-

res con Dios y el próximo no es cosa amarga o dolorosa, es garantía de paz y satisfacción interior.

Casi todas las bombillas fueron apagadas y el recinto se vio inmerso en la penumbra alumbrado apenas por débiles bombillas. Y Fernando, prosiguió, hablando con emoción:

- Jesús, maestro amado, envíanos sus mensajeros, ayúdanos a cumplir nuestros deberes de solidaridad con los espíritus que sufren; para que podamos ver en cada uno de ellos un hermano que el pasado devuelve a nuestro cariño y comprensión.

A continuación una señora y un señor pasaron a andar entorno a la mesa extendiendo las manos sobre las cabezas de aquellos que estaban sentados.

Una de las personas sentadas a la mesa empezó a hablar a cerca de la necesidad del apoyo de todos pues había mucho trabajo a realizar, y que el éxito de la reunión dependía de los buenos sentimientos, de la plegaria y de la disciplina mental de los presentes.

Telma no conseguía entender con claridad que pasaba; sensaciones contradictorias la envolvían continuamente: repentinamente se sintió transportada hacia lo alto de la sala y veía las personas abajo como si estuviese colgada en el techo como una lámpara, mirando para abajo; enseguida se sintió nuevamente en la silla; pasó a ver varios bultos andando por la sala, incluso hombres cargando enfermos en camillas; después ella se vio vestida a la moda antigua, con un vestido de terciopelo bordado con hilos de plata, determinando la muerte de un hombre arrodillado que lloraba a sus pies, suplicando piedad; cuando miró mejor el rostro del hombre, él se transformó en el "hombre sucio" de sus visiones y en vez de llorar pasó a carcajear enloquecido; esas escenas aparentemente inconexas se devenían con extraña rapidez.

Telma empezó a sentir alivio y mirar todo aquello con cierta naturalidad, se sintió mejor; inmediatamente su atención se volvió a Cacilda, que estaba sentada a la mesa, y que pasó a carcajear de forma contenida; ocurrió entonces el siguiente diálogo entre Cacilda y Fernando, el señor calvo que había dado inicio a la reunión:

Cacilda:

- Me amarraron aquí, pero no podrán hacer eso para siempre... voy a enloquecerla y después llevarla al suicidio... el placer de la venganza, después tantos años, es un vino delicioso que me embriaga y me deja eufórico... a través de la sabrosa taza de la venganza olvido todo: todo dolor, toda humillación, toda degradación, todo eso desaparece: "in vino veritas" y el vino de la venganza trae la verdad...

Fernando:

- Padre nuestro, que estás en el cielo, santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino, sea hecha tu voluntad aquí en la Tierra como en el Cielo; el pan nuestro de cada día dánoslo hoy; perdona nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores; no nos dejes caer en tentación y libranos de todo mal...

Cacilda:

- No ayuda venir con esta actitud de vieja rezadora; tengo poder; tengo comparsas; el crimen es mi negocio y usted es un flaco...

Fernando:

- Jesús... Jesús... abre el corazón de ese nuestro hermano... fortalece los sentimientos buenos que tiene y que están adormecidos; que su amor pueda alumbrar esa alma...

Cacilda:

- Quitar esta luz de encima de mí, quién es ese viejo que se aproxima, ¿Qué quieren ustedes? ¿Cegarme? Mostrar mis trapos, mi boca podrida, ¿Mis cabellos llenos de piojos? ...

Fernando:

- Queremos auxiliarle, ofrecerle tratamiento, ayudarle a recobrar su apariencia normal, libertarse de los resentimientos y de ese dolor gigante que le oprime; queremos que usted abra los ojos para la bondad de Dios y las oportunidades que él nos ofrece todos los días

Cacilda:

- Estoy ablandándome, creo que me voy a desmayar, estoy muriendo, estoy muriendo... y la voz fue callándose en un murmullo incomprensible.

Fernando:

- Mucho agradecemos al señor la oportunidad de servir, que nuestro hermano que aquí estuvo pueda ser socorrido y seguir un camino mejor y más feliz.

Y la reunión prosiguió, con otros extraños diálogos; Telma aún tenía la mente atravesada por pensamientos incoherentes, a veces sentía el estómago revuelto, pero se sentía mucho mejor; en su mente vino a imagen de un rosal de su jardín, que las hormigas habían devorado las hojas y se quedó pareciendo un esqueleto, pero después de algunas semanas fueron volviendo las hojas y el rosal dio bellas rosas. Se agarró a aquel recuerdo con todas las fuerzas del pensamiento; y repitió bajito varias veces para sí misma mientras las lágrimas escurrían por su rostro:

- Necesito tener esperanza, la esperanza será mi salvación, mi medicina... esperanza... esperanza... es la fuerza que me salvará y me sacará de ese infierno... esperanza... esperanza...

A las nueve horas la reunión finalizó, algunos se abrazaron, otros se despidieron fríamente.

La atracción que Cacilda despertaba en Telma se volvió más fuerte, Telma se aproximó a ella; un pequeño círculo la rodeaba; Telma esperó pacientemente que él círculo fuese deshaciéndose; Contrariando su modo frío y distante sintió voluntad de abrazarla también, una sensación de calma la invadía.

Cacilda contestó efusivamente a su abrazo y le dijo de forma cariñosa:

- Tengo unas lecturas para usted...

La condujo hasta un armario y le dio dos libros para leer, "El Evangelio según el Espiritismo" y el "Libro de los Médiums" y comentó:

- Lea con atención y piense en las cosas que acontecieron, en su propia vida y experiencias; Comience el "Evangelio" por el fin leyendo el último capítulo "Colección de Preces Espiritistas"; en la próxima semana llegue más temprano para que conversemos más.

Y dirigiéndose al esposo:

- Calma y paciencia Alfredo; su esposa necesita de usted, especialmente de su amor; su padre está a su lado, auxiliándolo y está ofreciéndole un clavel rojo y dice que lo aspire y sienta nuevamente la energía de la vida.

Alfredo se emocionó con aquellas palabras; y dijo con voz embargada:

- Yo lo he sentido constantemente a mi lado esta semana... Dígale que yo siempre lo amaré y respetaré...

A lo que Cacilda contestó con vivacidad

- No es preciso que lo diga, él lo está oyendo; su padre pide que usted se respete a sí mismo...

Y concluyó extendiendo los brazos y tocando el hombro de la pareja

- Váyanse a casa y tengan buenos sueños, esta casa les pertenece; no dejen de tomar un vaso de agua fluidificada; El Dr. Leche les llevará hasta ella.

Tomaron el agua y se volvieron a casa; Telma sintió un sueño intenso y pocos minutos después que el coche se colocara en marcha dormía profundamente.

Alfredo pensaba en aquellas palabras "respete a sí mismo"; su padre hablaría así pues desaconsejaría ciertamente sus aventuras y reprobaría la fuga con los hijos dejando a la esposa en un hospicio. Contemplando el rostro de la esposa adormecida sintió que la aversión disminuía, aunque sus ojeras y la expresión abatida no lo estimulasen.

Descendiendo los ojos observó las rodillas de la esposa, que durmiendo se quedó en una posición menos elegante y más relajada; consideró dos cosas: la primera era que la estatua de mármol, fría, dura y perfecta, estaba rompiéndose a semejanza de un huevo que deja entrever la ave; la segunda era que las rodillas de Telma aún tenían su encanto.

El mundo espiritual

Desde aquella reunión se inició para Telma un extraño viaje: quedándose la mayor parte del tiempo en casa, yendo semanalmente al grupo espiritista, leyendo los libros que iba recibiendo de Cacilda y reflexionando sobre las propias experiencias, pasó a penetrar en un mundo vasto que se extendía en el tiempo y en el espacio: su vida se multiplicaba en innumerables etapas a través del concepto de la reencarnación. Igualmente se multiplicaban los personajes de su vida familiar, y ella iba viajando por ese tiempo-espacio, ora a través de los libros, ora por sus impresiones, ora por intermedio de las escenas que veía con mayor o menor precisión, pues repentinamente su visión se abría y observaba escenas actuales y también escenas perdidas en un pasado remoto.

La cuestión moral también pasó a ser más clara, comprendiendo los procesos que la justicia divina se vale para equilibrar los hechos del mundo moral, reeducando los fallos y estimulando los aciertos.

En cuanto la religión, descubrió a Dios y a Jesús. Superó también el desprecio por las manifestaciones religiosas, al comprender que aunque no teniendo toda la verdad las religiones por lo general auxilian a los hombres que en ellas buscan el bien.

En cuanto a los hijos y el esposo entendió cuanto fuera irresponsable e identificó un serio problema: como su corazón era pequeño, para ella el centro de la vida, que es el amor,

estaba distante; el desierto en que se sentía era el suelo de su corazón, empedrado y seco, donde costaba nacer la ternura, el afecto, el sentimiento de compasión, y donde, por cualquier motivo aquella cosa buena, que sentía, enflaquecía y con frecuencia moría; sin embargo si era difícil sentir, no era tan complicado procurar tratarlos bien, celar por sus necesidades.

No conseguiría ofrecer al esposo una mujer apasionada, ni aun una esposa amorosa, pero podía ofrecerle una persona amiga y un cuerpo saludable que fuese sólo para él. Su transformación mejoró la relación con todos.

Algo que aconteció y que le dio mucha satisfacción fue la disminución del orgullo; se convenció de la reencarnación y sabía que en esta vida tenía una vida confortable, dinero y empleados, pero en la próxima, podría tener el oficio de lavandera y vivir en una barraca.

El grupo Ismael pasó a ocupar un lugar especial en su vida y ser para Telma una razón de vida importante; allá los horizontes se ensanchaban; en las reuniones semanales incorporaba principalmente espíritus en sufrimiento, pero veía también entidades ligadas al trabajo en el bien. Viajaba a través de la historia y de los continentes, gracias a sus capacidades mediúnicas. Los domingos, valiéndose de su condición financiera, visitaba los barrios marginales, llevando géneros y ropas con otros compañeros de ideal y se hacía amiga de personas pobres con las cuales nunca pensó un día conversar.

Descubrió que el "hombre sucio" de sus visiones, fue un amante que tuvo en Francia y del cual se aprovechó sacándole todo, dinero, familia y honor y que después denunció por un crimen que él no había practicado; forajido, fue obligado a esconderse en las cloacas de París, de dónde salía por la noche para robar para comer; sobrevivió aún cinco años en ese tipo de vida hasta que agonizante e inmóvil fue atacado aún en vida por ratas, que le devoraron parte de los miembros.

Desde entonces él la persiguió tanto en el espacio como en las encarnaciones que tuvo, llevándola incluso en alguna de ellas al suicidio.

Las reuniones con adocrinadores frecuentes como aquélla que presenció, la primera vez que estuvo en el Grupo Ismael, prosiguieron durante dos años, hasta que él fue encaminado al plan espiritual.

Cuatro años han pasado desde los acontecimientos aquí descritos, Telma tuvo una nueva gestación de un niño saludable; su último hijo sin embargo, José Antonio, nació tres años después, con problemas de salud; era sordomudo; le trajo, a Alfredo y a los hermanos mucho sufrimiento; sin embargo murió a los cinco años; cuando él desencarnó, Telma tenía 47 años.

Despedidas

En esta época tuve que dejarla; una nueva encarnación me aguardaba, después de 30 años de Convivencia casi continuada. Estaba consciente que sentiría una enorme añoranza por ella; pues durante los próximos 41 años no nos veríamos; encarnaría en otra ciudad y no estaba en mi programa de vida reverla.

Me despedí en una mañana mientras ella cuidaba del jardín; yo la besé paternalmente,

presintió mi presencia, sonrió y enseguida quedó emocionada, derramó incluso algunas lágrimas.

Era la última vez en aquella encarnación yo leería sus pensamientos con la facilidad y la familiaridad de tantos años de Convivencia, Telma reflexionaba: "no tuve noticias de mi padre en todos esos años de práctica mediúmnica, murió cuándo yo tenía quince años, ¿Dónde estará él en ese momento? ¿Habrá reencarnado? ¿Qué estará haciendo en el plan espiritual? Tengo tan pocas informaciones con respeto a él... convivió tan poco conmigo... siempre viajando... murió en Paraná...

En su pantalla mental se dibujó una vieja fotografía donde yo aparecía al lado de su madre, y ella continuó: "¿Es extraña esa añoranza de él, será que él está cerca de mí? ..."

Yo la miré con una ternura infinita y me dirigí hacia el centro preparatorio de mi próxima encarnación, de dónde apenas me alejaría para volver a la Tierra.

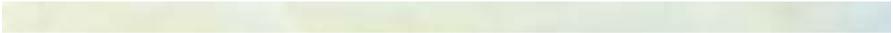
Puede parecer raro, que amándola como padre, pidiendo yo al plan mayor el permiso para cuidar de ella, en reparación a mi ausencia como padre carnal y movido también por un gran afecto, permitiese la aproximación de un enemigo espiritual tan violento.

Cuando él apareció en la adolescencia de Telma, me puse muy angustiado con aquella sombra siniestra que el pasado devolvía; mis orientadores, me explicaron que aquél que yo consideraba un terrible problema, sería en verdad bendita solución, permitida por Dios.

Y así fue; la contundencia del enemigo espiritual finalmente rompió la coraza de indiferencia y dureza de corazón que aprisionaba a mi hija.

Es evidente que siempre fue un tratamiento controlado, semejante a la radioterapia, que para destruir tumores cancerosos, trae consigo desagradables efectos colaterales al paciente. Siempre estuve próximo, vigilante; pero buscando intervenir el mínimo, como en aquella oportunidad en la que surgiendo el primer ataque inspiré al Dr. Leche ofrecerle ayuda; que además ella recusó y yo sugerí al médico, mentalmente, que no insistiese.

Mi nueva encarnación, aunque con aciertos y desaciertos, fue breve; desencarné relativamente joven con cerca de cuarenta años, ella murió, con 86 años bien vividos, apenas dos años antes de mí; fue la primera persona que yo vi después del desencarne, estamos nuevamente juntos; pero ésa es otra historia que, quien sabe, uno podrá contarles en otras noches de descanso...





El relieve es algo empinado, sin embargo las altitudes comedidas no favorecían el hielo ni la nieve, geográficamente la región se encuentra en la península Itálica meridional a menos de 200 millas del talón de la “bota”.

Marzo llegaba al fin en aquel año de 1718, flores azules y blancas pueblan el campo.

Giovanna caminaba por la carretera angosta en dirección a la pequeña aldea que se acomoda en el valle, próxima al río que corre en cascada por la región serrana.

Giovanna es una campesina, su familia habita algunas hectáreas de tierra donde plantan cereales y viñas; crían vacas, gallinas y cerdos; fabrican queso, longaniza, salame y un poco de vino.

Todos los miércoles Giovanna y sus dos hermanos montan una pequeña tienda en la aldea para la venta de los productos de la familia; en la semana anterior, Fausto apareció para comprar un queso, y consiguió ser atendido por ella, le dijo un tanto constreñido:

– Nos vemos en la salida de la misa el próximo domingo...

La higiene era escasa en la familia de Giovanna, pero Giovanna se puso su mejor ropa después del baño, calzó su par de chanclas de paseo, se perfumó con esencias de hierbas que ella misma preparó.

Giovanna no era linda, pero era sin duda una bonita y saludable campesina, en la lozanía de sus 23 años, con el cuerpo bien formado y torneado por los ejercicios que los trabajos arduos del campo exigen; una sensualidad ligera y discreta a su vez atrayente.

Cama rápida, casi corriendo, calculó por la altura del Sol y por el tiempo transcurrido desde el último toque de la campana, que llegaría a la iglesia a punto y hora; sus pómulos están rosados y sus cabellos castaños claros presos en una cofia de colores estampados y vivos le dan un toque de energía y alegría.



Giovanna no sabía leer, escribir o calcular, sin embargo era inteligente y ayudaba bastante en la venta de los productos, tenía facilidad para regatear con los clientes y conseguir un precio mejor; sabía hacer buenos quesos; dominaba todo el proceso de fabricación de la longaniza, desde escoger y matar el cerdo, disponer la carne, llenar las tripas y ahumar.

Estaba satisfecha consigo misma; en el ambiente en el que vive se consideraba bien situada en su clase social lo que le faltaba era un hombre, que le proporcionase una casita, algunas hectáreas de tierra, animales, sirvientes e hijos para cuidar; seguir el camino trillado por su madre y por su abuela era el que ella más deseaba.

Que se sepa Fausto no era la respuesta para todo cuanto anhelaba. Era un hombre, ya próximo de los 40, fuerte y disponible; estuvo casado, tuvo dos hijos, pero la mujer murió en el parto junto con el segundo hijo; el pobre hermano mayor, sin madre que cuidase de él, murió después de una tos persistente; en la aldea comentaban que el niño murió de tristeza. Fausto disponía de algunas hectáreas de tierra, una casita, plantaciones y algunas reses.

Aunque la conversación fue rápida, por la compra del queso, Giovanna percibió sus miradas e imaginó su evaluación: “una mujer joven, fuerte para el trabajo, bonita lo suficiente para hacerlo olvidar, en las noches calientes o frías, las amarguras de la vida; pero no tan bonita que despierte la codicia de los vecinos; capaz de darle hijos que lo ayuden en la vejez; una apariencia honesta que inspira confianza”.

Llegando a la Iglesia casi en el inicio de la misa, se quedó en el fondo, de cabeza baja, que cubrió con un paño blanco de encaje, como es decente para una chica pobre, se quedó juntamente con las demás mujeres; los hombres se quedaban del otro lado, separados.

Las personas ricas se mezclaban, hombres lado a lado con mujeres; mujeres casadas cambiando miradas, con hombres casados que no eran sus esposos, de manera displicente; pero los ricos podían actuar así, al final no necesitaban prestar cuentas a nadie, ni a Dios; pudiendo comprar indulgencias plenas y mandar celebrar cientos de misas cuando morían, qué ciertamente los libraría del infierno; pero los pobres para ser decentes tenían que colocarse en su sitio; un pobre valía bien poco, si fuese mujer menos aún, si además, fuese desvergonzada no valdría absolutamente nada.

Giovanna vio a Fausto al otro lado, él retribuyó su mirada con una sonrisa de satisfacción; sintió un calor en el pecho que subió por el rostro y tornó sus facciones más rosadas, dejándole avergonzada.

Durante la misa nada entendió pues se hizo en latín, las estatuas y las pinturas con escenas de Santos en sufrimiento y de Jesús vertiendo sangre en la cruz le trajeron un sentimiento de devoción, eran pobres y sufrían como los pobres, no miraban para la tierra y sí para el cielo. Dios y Nuestra Señora no le inspiraban simpatía; Dios, “El Padre Eterno”, por ser un viejo sentado en un trono, con una expresión asustadora, dando órdenes, a semejanza de los obispos, que eran hombres impiedosos; Nuestra Señora por estar vestida ricamente; ¿Cómo aquella mujer rica podría estar serena, sin nada hacer, con su hijo allí a dos pasos muriendo en la cruz?

Terminada la misa, salió a la pequeña plaza:

Fausto se aproximó:



– ¡Buenos días! ¿Cómo está?

– ¿Bien y el señor?

– Como Dios quiere...

Después de algunos segundos algo tensos, Fausto tomó a nuevamente la iniciativa:

– El queso aunque caro estaba muy sabroso...

– Lo hice yo...

La expresión afirmativa y algo presumida de Giovanna, se tradujo en la mente de Fausto como una carretera abierta, él aprobaba, ella aprobaba, estaba en el camino cierto, el momento exigía decisión:

– Vamos hacia su casa, quiero hablar con su padre, le dije que iría a verlo cualquier día...

Giovanna con un gesto de cabeza aceptó, o mejor, obedeció; “una mujer decente será siempre sumisa y obedecerá al hombre”; era una buena hija, obedecía al padre y no contestaba a sus injurias de malhumor, ni aun a sus groserías cuando tomaba demasiado vino; quería ser una esposa decente obedeciendo al marido y tampoco no le contestaría, incluso cuando la insultase.

Giovanna percibió qué pasara en las pruebas, sabía hacer quesos sabrosos y venderlos a buen precio, conversaba de forma afirmativa sin ser ofrecida, iba bien vestida, perfumada y era sumisa; ¿Qué más un hombre podría desear?

Se dirigían por la carretera que serpenteaba al lado de las colinas; intercambiaron algunas banalidades.

Giovanna se mostraba muy cautelosa; se mantenían lado a lado pero en la distancia máxima que la anchura de la carretera permitía; Giovanna reflexionaba: “¿Qué una mujer pobre tiene a ofrecer a un hombre además de su cuerpo virgen? De sí misma era la única cosa que podía dar; perdida la virginidad, le quedaría apenas la soledad y el porvenir incierto y de sufrimiento, ofreciéndose en tabernas a borrachos y todos girándole el rostro cuando pasase por las calles. Con las mujeres ricas era diferente, tenían dotes abundantes y eran disputadas por innumerables pretendientes; ¿A quién le importaba si eran bonitas o feas, vírgenes o no? Cuando tenían tanto que ofrecer”

Fausto por su lado, veía aquel encuentro como un negocio importante: su raciocinio trabajaba de la misma forma que cuando compraba una vaca: examinar bien el animal, verificar el coste y compararlo con el resultado de la producción lechera y de la venta de los futuros becerros; reforzar su reputación de hombre honesto para que el vendedor no pujase para compensar el riesgo de un recibimiento dudoso.

El sol se mostraba fuerte, el paisaje bello; el cuerpo joven y saludable estimulado por los pasos rápidos y largos, estaba levemente jadeante; el esfuerzo físico reforzaba una sensación de bien estar; todo eso se transformó en una risa, que creció por la timidez de ir hacia su casa al lado de un hombre.

Llegaron a la casita donde moraba la familia de Giovanna; el padre, Giovanni (el nombre de la hija había sido un homenaje al padre) estaba sentado en un banco en el exterior de la casa, abrigado del sol bajo el alero que formaba un pequeño balcón.

Fausto se separó de Giovanna que entró y se dirigió al padre saludándole:

– Buenos días Giovanni, dije que vendría cualquier día y vine; ¿Cómo está?



– Bien, y vino acompañado...

– Es verdad; pero prefiero hablarle en privado...

– Vamos hasta aquel árbol y tomemos una copa de vino... Giovanni entró en la casa, agarró una botella, dos copas y salió.

se sentaron en un tronco caído debajo del árbol fructífero, Fausto tomó la iniciativa:

– Quiero casarme con su hija y deseo saber lo que usted puede ofrecerme, ya que pretendo aliviarle de los gastos familiares.

– Giovanna me sirve bien; la tierra es pequeña pero el trabajo es mucho; cuida de los animales, cocina como nadie y es una buena vendedora en el mercado; si yo la cediera a usted, no sé como haría para sustituir su trabajo; el casamiento de Giovanna me traería mucho perjuicio. La riqueza de un hombre son sus hijos y Giovanna vale más que un hijo.

Fausto percibió qué Giovanni había alterado la situación, lo interpretaba como se vendiera la hija, que consideraba mucho mejor negocio que comprar un yerno. Pero no podía ceder, debía luchar hasta el final, para preservar su imagen de hombre inteligente.

– Sé que ella le gusta; basta ver como está tratada; continuaré tratándola bien; alimentándola, vistiéndola, de vez en cuando comprando un regalo, y después cuidando de sus nietos; todo eso cuesta; cuesta a usted y costará a mí.

– En el caso de Giovanna, no. Ella no da gasto, da beneficio; el dinero que usted ganará con el trabajo de ella es más de lo que usted vaya a gastar cuidándola; me gustan los niños, pero, vea bien, antes de ser mis nietos, serán sus hijos; ¿Dónde en la aldea encontrará una mujer hermosa cómo ella?– dijo con una sonrisa pícaro y prosiguió – soy yo que tengo de ganar un dote por darle una moza decente, religiosa, con salud y trabajadora; Giovanna hará cualquier hombre feliz: feliz en la cama, feliz en la mesa, feliz en el bolsillo.

Fausto percibió qué no sacaría nada del viejo, que aquélla conversación estaba rompiendo su entusiasmo, y sintió que estaba haciendo algo equivocado, como cuando dejó su hijo pequeño en casa sin cuidados; una expresión de angustia y contrariedad pasó rápidamente por su semblante y resolvió concluir la cuestión.

– Pues sea, quiero ser amigo de mi suegro, le doy mi becerro de dos años, será un excelente buey para llevar un arado y es manso como un perro; además no voy a casarme para quedarme en la pobreza, prefiero seguir viudo.

–Eh, hombre no necesita hacer esa cara, cual si estuviese siendo despellejado; la madre del becerro sería mejor, porque lo que usted me está dando es un becerro, no un novillo; pero no soy un hombre mezquino y lo que más quiero es que mi hija sea feliz y tenga un buen esposo; puede marcar el casamiento; el cura, las comidas y bebidas las paga usted; la casa la pongo yo, y mi hijo Giuseppe animará la fiesta cantando y tocando la guitarra; puede invitar a quienes usted quiera, de mi parte solo invitaré mi hermano Antonio. Ahora tome un trago de vino y déme un abrazo ya que seremos parientes.

Se abrazaron y fueron para casa, para una pequeña comida.

Giovanna que espiaba por la grieta de la puerta, entendió qué llegaron a un acuerdo y dijo a la madre bajito:

–Voy a casarme...



Giovanno entró en la casa hablando alto:

–Nuestra Giovanna, nuestra hija va a salir de esta casa; perdemos una hija sin embargo ganamos un hijo, y dirigiéndose a los otros hijos:

–Ése es Fausto, su nuevo hermano.

Recién Casados

Giovanna se quedó embarazada después del casamiento, su vientre iba creciendo, vivía con Fausto; aparentemente poca cosa cambió: el mismo trabajo pesado, la misma vida pobre, sin embargo Fausto le tomó cariño; si no era un marido enamorado, por lo menos la trataba bien, gritos y insultos eran muy raros, Fausto no bebía y trabajaba bastante, con nuevo entusiasmo.

El precio del arrendamiento era alto, las tierras eran pobres, más de la mitad de lo que lograban iba para el obispado que era el dueño de casi todas las tierras que rodeaban la aldea.

El embarazo cambió mucho la sensibilidad de Giovanna, lloraba a todas horas y sin motivo; Estaba llena de esperanza con la futura hija. Soñaba con una niña, soñaba durmiendo y despierta, con una niña buena e inteligente que sería el encanto de ella y del padre.

A veces cuando acariciaba el propio vientre una ternura inmensa invadía su corazón parecía que iba a estallar; la niña nacerá en invierno, en la casita hay una pequeña rueca de hilar; pidió y Fausto le dio un saco de lana, que va transformándose en ovillos, que se transforman en zapatos y abrigos; Mientras hila o teje, tararea; A Fausto le gusta oír la cantar mientras él fuma su pipa; cuando ella para, él pide:

- ¡Canta más!

Hace algunas semanas atrás pidió que Giuseppe viniese hasta su casa, pasar algunos días con ella y le enseñase algunas canciones; temía que su pequeño repertorio acabase por aborrecer el marido; Fausto se sintió profundamente envanecido por la iniciativa de la esposa en agradarlo y eso fue un nexo más entre los dos; confesó, incluso, cuando ella le dijo el motivo de la invitación al hermano:

- Fuiste la única persona después de mi fallecida madre que demostró amor por mí. Nadie en este mundo, aparte de ti, se importa si estoy vivo o muerto, triste o alegre; Vales cien veces más que el becerro que le di a su padre.

Ella simplemente le miró, se levantó de la rueca, atizó el fuego donde se calentaba un té, y cantó con el alma, una canción que aprendiera y que Fausto aún no conocía.

Cuando acabó la canción, Fausto la tomó por la mano y se dirigió a la cama con un lacónico:

- ¡Venga!

Hablaban poco, tenían una vida dura, pero estaban contentos con la nueva vida de casados que les parecía mejor que la de solteros.

Los meses se pasaron...

Bien entrada la noche Giovanna se despertó con la cama mojada, de inicio pensó que

había orinado, pero luego comenzaron las contracciones; Fausto dormía como una piedra; Giovanna tuvo que golpearlo varias veces para despertarlo:

- ¡Despierta, creo qué va a nacer!
- Voy a buscar auxilio, buscaré a doña Paola, en una hora ella estará aquí...
- No, quédate conmigo, no quiero quedarme sola, según aprendí nacerá antes de eso...
- ¿Qué hago?
- Es la misma cosa de cuando nace un becerro...
- Pero las vacas lo hacen todo solas, y si muere una vaca, el perjuicio es grande, pero uno sobrevive; Pero si es una mujer, las mujeres necesitan de una comadrona, y se usted muere estoy perdido...
- Serás el partero, no hay más tiempo, por el amor de Dios quédate conmigo, dijo Giovanna llorando...

La Comadrona

Giovanna acostada de espaldas se esforzaba instigada por el instinto natural en dar a la luz su hijo; Giovanna que acompañara la madre en el nacimiento de su hermano más jóvenes, orientó el esposo:

- Cuando surja la cabeza tire con cuidado que lo demás viene junto.

Fausto replicó:

- Por Dios, lo qué está saliendo es sangre, isangre viva y caliente!

Inmediatamente le vino a la cabeza su primer casamiento y la muerte de la esposa en la segunda gestación, junto con el bebé; un frío terrible empezó a asolarlo, concentrándose en su estómago.

Repentinamente apareció en el cuarto una señora, de cabellos grisáceos, vestida con llaneza:

- Ah, esos hombres... Vamos muévase, caliente un poco de agua para que después lavemos a esta pobre que viene al mundo...
- ¿Quién será esta señora? Preguntó Fausto sorprendido
- Me llamo Magdalena, soy comadrona y aquí estoy para traer un niño al mundo...
- Pero yo no la conozco, observó Giovanna.
- Pero yo la conozco, vendiendo sus quesos en el mercado... Pero no estoy aquí para charlar, que hace usted ahí sentado, Fausto, ande hombre, En cuanto a usted Giovanna, vamos a ver como anda eso...

Acomodó mejor a Giovanna en la cama, apoyándole firmemente los pies en la madera que se quedaba a los pies de la cama; curiosamente empezó a masajear delicadamente la barriga con la mano derecha mientras ponía la izquierda sobre la frente de la parturienta.

- Piensa en Dios, mi hija y rece un padre nuestro... no, no piense en la imagen de aquel viejo que usted ve en la iglesia de la aldea y que le provoca miedo, piense en los cam-

pos floridos, en el sol y en la lluvia que Él creó; piense en los animalitos del campo que sobreviven, en los pájaros silvestres a quien Él da el alimento; ese Dios cuya voluntad todo mueve y que un día establecerá su reino en la Tierra, donde todos serán hermanos, cada uno deseando el bien de los demás. Ese Dios que le ha dado el pan, todos los días, y que hoy le da una hija. Ese Dios que la perdona, pero que quiere que usted perdone a su vez a todos; ese Dios que la libra usted del mal, ayudándola a no hacer cosas equivocadas...

Después de eso la niña empezó a nacer conducida por las manos de Magdalena; cortado el cordón umbilical, separada la placenta, la extraña comadrona lavó la niña con el agua que ya estaba templada. A continuación les dijo:

- Cuiden bien de esa niña que Dios les dio, sean buenos padres, denle amor y buenos ejemplos.

Y salió rápidamente por la puerta.

Fausto se recobró de la sorpresa de aquella despedida rápida y corrió hasta la puerta de la casita, gritando:

- Señora, señora, ¡espere! ¿Cuánto le debo?

Pero Magdalena había desaparecido en la noche. Fausto se asustó:

- Desapareció en la oscuridad, no recuerdo de haber dejado la puerta abierta; ¿Cómo entró? ¿De dónde vino?

Giovanna habló emocionada, derramando lágrimas por la faz:

- Solo puede ser una Santa, debe ser Santa Magdalena, que cuidaba de los enfermos pobres y salió del cielo para venir hasta nuestra casita a ayudarnos, somos pobres y yo no estaba bien, antes de llegar ella, perdía aquella sangre espesa, creí que iba a morir.

- ¿Tu no sientes cómo el aire de nuestra casa está distinto, hasta perfumado?

- Tiene razón, era una Santa, pero mejor no abrir la boca...

- Le pondremos a la niña el nombre de Magdalena...

- Y comprare un oratorio y una imagen de Santa Magdalena y colgaremos en un rincón de la casa.

- Cuidado, nadie debe saberlo, si llega a los oídos del Obispo, estamos perdidos, diga que su devoción viene de su bisabuelo, que ya murió hace más de 20 años y de quien nadie se recuerda...

Conversaron un poco más, Giovanna extendió el seno a la chiquitina, que absorbió el calostro.

Después durmieron; contrariando todos sus hábitos en el día siguiente se levantaron tarde...

¿Qué importa?

Les conté esa historia que me pasó, cuando era Fausto, hace tanto años, porque a veces la gente se cuestiona: ¿Qué proporciona una encarnación como esta? No hubo tramos más relevantes en el campo de la fe, de las artes, una vida anónima sin nada destacado, diluida en la multitud de los días, la excepción del curioso fenómeno de los no



engendrados*, descrito por Kardec en el libro de los médiums, ocurrido en el nacimiento de Magdalena, porque fue una cosa buena e interesante que nos pasó, reafirmando la fe en un ambiente de sentimientos religiosos tan marcados por la ignorancia y por el prejuicio; El progreso intelectual fue mínimo, obras beneméritas ausentes, rescates importantes tampoco hubieron.

Pero para mí y para mi querida Giovanna esta encarnación fue muy importante, pues en ella se consolidó el vínculo del amor en la esfera conyugal; como en esta vida donde convivimos cerca de cuarenta y cinco años, viviendo en una árida pobreza, sin expectativas de ningún orden, aprendemos a valorar el uno al otro, que era la única cosa que teníamos.

El foco de la encarnación se cerró sobre nosotros dos, era lo que había para sentir, pensar y por todos esos años conociéndonos el uno al otro; dejamos de ser uno, para aprender a ser una pareja.

Y ese profundo amor que nació entre nosotros es un patrimonio que nos ha sido muy valioso; dando muchos frutos en nuestras experiencias; evitando fracasos en las duras pruebas que hemos enfrentado en el sector de la "ingratitude de los hijos y los lazos de familia".

La bondad de Dios permitió que tuviésemos nuevas encarnaciones como marido y mujer, en las más diversas circunstancias.

Como estamos sintiendo la ventaja de esas experiencias, sometemos a la misericordia divina el pedido de que podamos estar juntos por más de mil años, en el papel de cónyuges y, eventualmente de hermanos, para establecer límites a la atracción sexual, sin embargo sin relacionarnos sexualmente con otros compañeros.

Se queda aquí mi testimonio de la riqueza de oportunidades de progreso que encierra el vínculo conyugal y mi plegaria para que nos esforcemos en la búsqueda de la felicidad a través del amor en todas las oportunidades que la vida nos propone.

* Libro de los Médiums, Cap VII ítem 125. Nos faltaría tratar del singular fenómeno de los no engendrados (1) que por extraordinario que pueda parecer a primera vista no es más sobrenatural que los otros. Pero como lo hemos explicado en la Revista Espirita (febrero de 1859) creemos inútil reproducir aquí los detalles; diremos solamente que es una variedad de la aparición tangible; es el estado de ciertos Espíritus que pueden revestir momentáneamente las formas de una persona viva a punto de hacer completa la ilusión.



¿Las historias te sorprendieron?

¿Comienzas a interesarte por el espiritismo?

¿Te gustaría saber más?

Para todas aquellas personas que han contestado sí a alguna de las preguntas anteriores, os recomendamos:

La web... www.espiritismo.es

Y las obras básicas de la codificación del espiritismo, realizados por Allan Kardec, el codificador de la doctrina espírita:

El libro de los espíritus

El libro de los médiums

El evangelio según el espiritismo

El cielo y el infierno

La génesis



¿Qué es el Espiritismo?

El Espiritismo es la ciencia que trata de la naturaleza, origen y destino de los Espíritus y sus comunicaciones con los hombres.

El Espiritismo es al mismo tiempo una ciencia de observación y una doctrina filosófica. Como ciencia práctica, consiste en las relaciones que se establecen entre nosotros y los Espíritus; como filosofía comprende todas las consecuencias morales que derivan de esas mismas relaciones.

El Espiritismo tiene consecuencias religiosas como toda filosofía espiritualista y por esto mismo toca forzosamente las bases fundamentales de todas las religiones: Dios, el alma y la vida futura; pero no es una religión constituida, dado que no tiene culto, rito ni templo.

Principales Objetivos del Espiritismo

1. Realizar el progreso espiritual de la humanidad.
2. Transformar al hombre en un ser de bien y en consecuencia a la sociedad.
3. Revivir el Cristianismo puro sobre la base de las enseñanzas de Jesús.
4. Dar al hombre una fe sólida basada en la razón.

El movimiento espirita en España

En el año 1861 con motivo de un auto de fe decretado por la iglesia se ordena la quema pública de libros espiritas, siendo por eso mismo muy divulgado ya que la prensa se hizo eco de ese acto inquisitorial injustificado y todos querían conocer lo que decían aquellos libros. En el año 1873 se presenta en el gobierno la propuesta del estudio del espiritismo en la enseñanza secundaria, avalada por varios ministros. En el año 1888 se celebraba en Barcelona el 1º Congreso Internacional Espiritista, también esta ciudad fue sede de otro Congreso Internacional en el año 1934 contando con el apoyo y la presencia de la Generalitat.

Desde entonces el movimiento espirita en España trabaja para el esclarecimiento del ser humano, a la luz de la doctrina espirita, a través de cursos, conferencias, asistencia fraterna, pases magnéticos, y muchas otras actividades que se realizan en centros espiritas presentes en todo el territorio. Infórmese en la web de la *Federación Espirita Española* (www.espiritismo.es).

Después de leerlo devuélvalo a la persona que le ha entregado ó preferentemente préstelo a alguna persona interesada en la espiritualidad.

**DISTRIBUCIÓN
GRATUITA:**